LITERATURACHILENA

Los primeros pasos

El dolor convulsionó la estrecha herida. El labio izquierdo de esta desbordó altas nubes de piedra, se elevaron hasta formar nidos para los cóndores, el frio cortante del aire y el constante deseo de ascender con las imágenes. El labio de enfrente se inclinó hacia lo líquido, acomodó su meditación al fuerte embate de las olas, el movimiento permanente es la otra pared de la prisión. En medio fue brotando un país en que los poetas desgarraron en profundidad el centro y los costados de la herida. Lo importante era caer desde la altura.

Cae, cae eternamente, cae al fondo del infinito, al fondo del tiempo, cae al fondo de ti mismo, cae lo más bajo que se pueda caer... Cae y quema al pasar los astros y los mares. Quema el viento con tu voz. Mientras el día pálido se asoma con un desgarrador olor frío, con sus fuerzas en gris, goteando el alba por todas partes: es un naufragio en el vacío, con un alrededor de llanto. En lo sonoro la luz se verifica. Peces en el sonido, lentos, agudos, húmedos. Este lugar es también un peregrino que hace saltar las piedras a la altura de su nariz. Un árbol que pide a gritos se le cubra de hojas.

Pero los narradores no sólo se peinan en los jardines, ni andan a pie por los jardines. No. Con ellos crece la fogata de la vida, alrededor de ésta se cuenta y se lee la existencia y sus demonios. Y alguno de los mismos saltaron entre el fuego y las bombas, escupiendo ceguera y arrojando anteojos negros al sol para tapar su luz. Los vivas a la muerte eran su oración matutina y los acompañaban mientras revisaban cadáveres, quemaban ideas y algunos escritores. Pero la muerte no es permanente, de esta surge la vida. Los amantes del color y la tibieza de la piel continuaron creando el arcoiris de la existencia.

El vino llenaba las vides, los toneles desbordaban sonrisas, alguna parra sigue cantando por los pentagramas, las claves del sol volatizan imágenes que no son espejismo. El barro se unta con el vino y la sangre vertida y así se crean figuras que observan, viven, sonrien. Estos nuevos personajes caminan sobre cristales negros, mientras sus pies y sus palabras van quebrando lo negro para llegar a la luz de la palabra.

El arbol de lo prohibido está secando sus manzanas y raíces.

Eduardo Mosches



Nueva Narrativa chilena: Las Huellas en la oscuridad

Ramón Díaz Eterovic*

chileno en una etapa de su historia en que retoma la tradición democrática que le fue característica en el pasado, exige conocer lo que fueron y son algunas de las expresiones creativas en dictadura, como ellas nacieron y se manifestaron, y tratar de evaluar su estado actual. En mi caso me interesa aportar antecedentes acerca de lo que en algún momento se dio en llamar la "Generación de los 80" o "Generación del Golpe" en la narrativa chilena.

Sin entrar en la polémica que conlleva el concepto de generación literaria, es posible para efectos de su presentación, considerar como tal a un grupo de narradores nacidos entre los años 1950 y 1960, y que se han dado a conocer en la última década, a través de sus primeros libros, publicaciones en revistas marginales, concursos, y lecturas públicas.

Nombres, denominaciones generacionales que apuntan a destacar las características de su origen y quehacer. La edad de sus integrantes, la etapa histórica que les tocó vivir y sus formas de expresión.

Hablamos de escritores que en aquel año de 1973 eran adolescentes. Jóvenes educados en un país que se vanagloriaba de su tradición democrática y que, durante largos años, fue garantía para el libre pensamiento y la amplia expresión de las ideas. Adolescentes en un país que permitía soñar, como mucho lo hicimos en el campo social con la perspectiva de cambiar una realidad que, aún conociendo a medias, ya nos parecía llamada a ser modificada desde sus raíces. Un país que se adelantaba hacia los cambios y que en el año de 1970 se hizo parte del proyecto de un hombre singular e irrepetible como Salvador Allende. Un país que permitía hablar del futuro mientras se escuchaba a Violeta Parra, Victor Jara, Intillimani, los juglares de un nuevo tiempo con el que nos sentíamos comprometidos. Adolescentes que se incorporaban a la literatura de la mano de los maestros de ese fenómeno que se llamó el "Boom de la narrativa latinoamericana", Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Mario Benedetti, García Márquez, Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Juan Rulfo o José Donoso, por nombrar a algunos de esos escritores que le dieron una nueva dimensión a la literatura, y proyectaron universalmente al hombre latinoamericano, con sus miserias y sueños, con su realidad brutal y mágica a la vez. Adolescentes que se empapaban de literatura siguiendo las colecciones de la Editorial "Quimantú", verdadero paradigma de la publicación del libro en Chile. Colecciones que nos permitían leer a Poe, Hemingway, Gorki, Jack London, y tantos otros autores que nos decían que el "mundo es ancho y ajeno", y que la literatura, cuando es fiel y profunda, da testimonio de la condición del hombre, de su tiempo y circunstancia.

En ese marco de referencias literarias y sociales se tomó la decisión de querer atrapar el mundo en una página en blanco. Y no hablo solamente de condiciones idílicas, ya que junto a la literatura que nos guiñaba un ojo, estaba la lucha política, las marchas, concentraciones, mitines y tantos otros elementos de agitación que caracterizaban un período de acelerados cambios sociales, con el inevitable enfrentamiento de intereses. Sin embargo, y a contrario de lo que después nos tocó vivir, había una realidad clara y precisa; cada cual decía y escribía lo que quería decir y escribir.

Ese era el entorno en que germinaba nuestra generación. Después vino el súbito invierno en medio de la primavera. El aliento de los días se hizo helado y vinieron aquellos acontecimientos de los que hoy en Chile nadie duda, y frente a los cuales se vislumbra la posibilidad de establecer justicia. Una larga lista de dolores. Los crímenes, las cárceles secretas, la tortura, la lucha clandestina, el exilio, la censura, el miedo. Muchos tonos oscuros para un mismo cuadro, y que, como apuntara el escritor Diego Muñoz Valenzuela en un ensayo

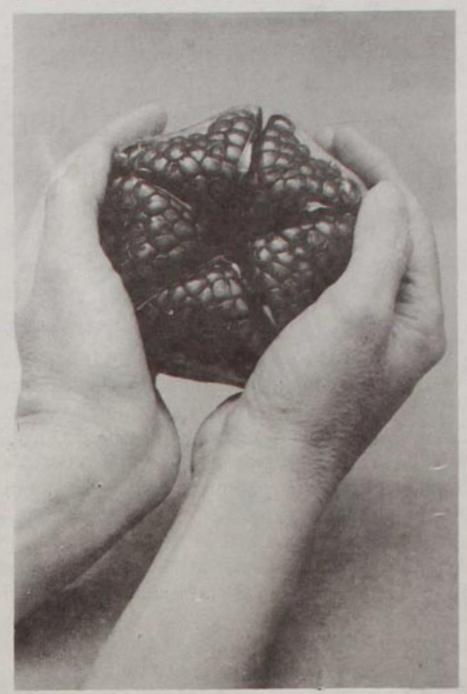
^{* (}Chile, 1956) Ha publicado los libros de cuentos: "Atrás sin Golpe", "Obsesión de año nuevo" y "Ese viejo cuento de amar"; y las novelas; "La ciudad está triste", "Solo en la oscuridad" y "Nadie sabe más que los muertos". Entre 1991 y 1993 fue Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).

publicado en la revista "Mascaró" de Buenos Aires, determinó que "algo quedó truncado, suspendido en el tiempo. Ibamos hacia otra parte, no a ese mundo oscuro que se nos imponía a sangre y fuego. Nuestra adolescencia terminó y continuó al mismo timpo. Terminó cuando hubo que pensar en aquellos que nunca soñamos ver. Continuó porque los anhelos se petrificaron; comenzó una era de hibernación hasta el momento en que todo volviera a ser como antes. Dos situaciones que han coexistido en nosotros, no sabemos si para bien o para mal de la narrativa que hacemos, pero es un hecho que está ahí, impregnando nuestra literatura". Sin duda, agregamos a la cita, nuestra época fue difícil de vivirla y escribirla, pero somos hijos de ese tiempo, y nuestras palabras son como huellas que resplandecen en la oscuridad. El desafío de esta generación que llamamos del "Golpe" o de los 80, ha sido la superviviencia. Tarea impuesta por la historia, una historia de silencios y muertes que llegó a su fin, o al menos así parece en cada página, en cada cuento, en el lenguaje cómplice de la vida.

El habitat de nuestra generación fue la violencia. Se vivió bajo un sistema que impuso la fuerza a todo el acontecer social y cultural. A la creación se le impuso límites. A la expresión, mordazas. El quehacer cultural se menoscabó a niveles que hoy hacen ardua la tarea de recuperar, y ello, obviamente incidió e incide en el trabajo literario, bajo aspectos de marginalidad y carencia de medios de difusión.

La censura impuesta como medida de coerción al pensamiento afectó durante años la edición de libros. Estos debían someterse al juicio previo de censores anónimos e inflexibles para condenar cualquier alusión negativa del Gobierno Militar. Ello significó que una gran parte de nuestra creación debió permanecer guardada, o restringida a distribuirse por canales semi clandestinos, de poco o ningún alcance. Eso llevó al desarrollo de esa marginalidad que caracteriza el quehacer de nuestra generación. El escritor en Chile, sobre todo si era joven y rebelde, se convertía por su simple afán en un ser sospechoso, que precisaba ser aislado, reprimido. Escribir entonces, no sólo se reafirmó en su condición de oficio solitario, sino que además se hizo peligroso. Sin embargo, y a pesar del oscuro panorama, los escritores imaginaron sus puentes de comunicación e hicieron germinar sus publicaciones artesanales que circulaban en pequeñas tiradas, de mano en mano, dando cuenta de poesías y cuentos.

Una marginalidad que aún prevalece en Chile. Ya no en forma de censura o represión, pero sí a través de una carencia de medios editoriales, y de



un proceso de desculturización que afecta a grandes sectores de nuestra sociedad. Hablar de "crisis editorial" o "crisis del lector" se ha convertido en casi unos lugares comunes. Decir que hoy en Chile se lee menos que hace veinte años, no es novedad.

La carencia de medios de difusión a la que nos referimos tiene relación con la absoluta depresión existente en el campo editorial. Situación que si bien es cierto afecta a todos los escritores por igual, repercute con mayor intensidad en los más jóvenes, y determina que gran parte de sus creaciones permanezcan inéditas.

Desde otro punto de vista, la marginalidad de la "Generación de los 80" se manifestó en la carencia de vínculos reales con generaciones anteriores de escritores. Estas, en su mayoría debieron recorrer los cambios del exilio, o bien permanecer en el país, asumiendo un silencio que los distanciaba y condenaba al anonimato. Por eso, se ha afirmado que nuestra generación careció de maestros inmediatos, y que salvo unos pocos autores que lograron salir del país, la mayoría se formó al calor de las lecturas, esencialmente de autores latinoamericanos, y con un marcado desconocimiento de lo que ocurría con la narrativa de otros países. Somos más hijos de las lecturas solitarias que del contacto material con maestros de carne y hueso que, estaban demasiado lejos, exiliados o no existían.

Lo dicho hasta aquí es parte de los orígenes de

una generación. Antecedentes de una historia que hoy nos parece superada, pero que en sus aspectos negativos aún extiende sus raíces hasta el presente. Lo dicho es una reseña del habitat de una generación que es realidad, aunque la crítica especializada la estudie tangencialmente, o sus textos no tengan la difusión que merecen. Pero, por sobre todas las cosas y los obstáculos, es la constancia de que ha emergido una creación producto de vocaciones profundas y definidas.

Definido el entorno generacional quisiera detenerme en dos o tres ideas acerca de la expresión literaria propiamente tal de algunos de sus representantes. Y decir, antes que nada, que una generación desarrollada en medio de una profunda crisis social que trastocó normas y valores libertarios, obligatoriamente tuvo, en la mayoría de los casos, reflejar en su temática una realidad violenta o violentada, en la cual la vida parece moverse dentro de una fragilidad a todo prueba. Realidad que desde lo literario se enfrenta de modo directo, recogiendo vivencias testimoniales, o a través de imágenes y de un lenguaje encubierto que subrepticiamente alude a ella. Entre esos dos límites podemos reconocer algunos motivos que se reiteran en varios autores. La nostalgia, por un lado, constituye un núcleo evidente, y es común encontrar en los cuentos y novelas de este generación de los 80, un intento de reconstruir un tiempo marcado por una felicidad posible, relativa a veces, pero que permitía una proyección al futuro. La adolescencia, los primeros amores y el despertar sexual con aspectos que se tratan a veces con humor, otras con contenida ternura, y en muchas otras, como una vía por la cual se empezó a comprender que la vida sufría un quiebre irreparable. Motivos plagados de desencanto, en los cuales la alegría parece tener un espacio marginal, incapaz de prevalecer.

Otro motivo presente en la narrativa de esta generación es el que recoge el acontencer político del país. Una narrativa que adquiere categoría testimonial, refiriéndose a los días mismos del Golpe Militar de 1973, o a los hechos que en medio del temor y las sombras ocurrían. El miedo, la incomunicación, el amor destruído, casi como un símbolo, el descontento. Todos temas que se reflejan y recrean.

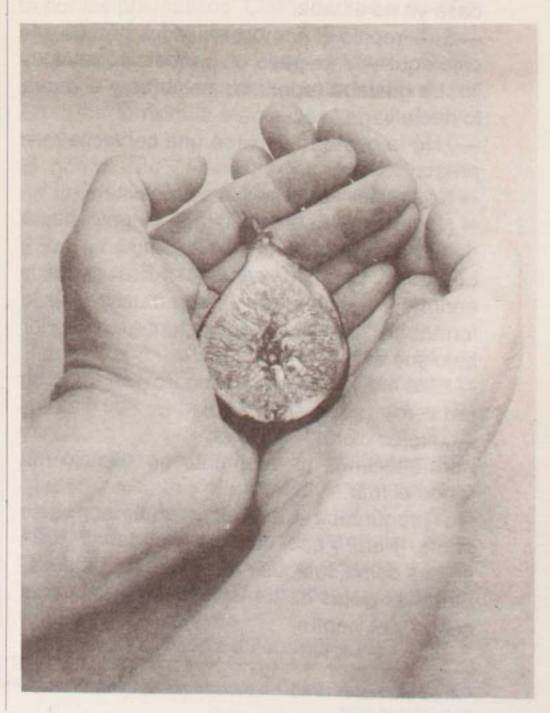
Un recuento completo de las obras publicadas en Chile por esta nueva promoción de narradores excede los límites de esta presentación. Y sin embargo, y aunque sólo sea como referencia para los futuros lectores mexicanos, señalamos algunos de los nombres y títulos que se han dado a conocer en el último tiempo.

En materia de novela mencionaremos a: "Todo el

amor en sus ojos" de Diego Muñoz Valenzuela; "La partida" de Jorge Calvo; "La ciudad anterior" de Gonzalo Contreras; "Machos tristes" de Darío Oses"; "Solo en la oscuridad" de Ramón Díaz Eterovic"; "La guerra santa de Santiago de Chile" de Marco Antonio de la Parra; "El infiltrado" de Jaime Collyer; "Oxido de Carmen" de Ana María del Río; "Sus desnudos pies sobre la nieve" de Juan Mihovilovich; "Mercenario ad honorem" de Gregory Cohen; y "Cobro revertido" de José Leandro Urbina.

En cuento, género de amplio desarrollo por parte de la generación aludida, se pueden señalar títulos como: "Miedos transitorios" de Pía Barros; "Tejer historias" de Sonia González; "La última canción de Maggie Alcazar" de Lilian Elphick; "Ya es hora" de Luis Alberto Tamayo; "Otros cuentos" de Carlos Iturra; y "El nuevo Totem" de Silviana Riqueros.

La muestra seleccionada es la punta de iceberg de una narrativa que se ha estado generando en Chile en los últimos años, y que, a pesar de las dificultades editoriales que se manifiestan en el país han conseguido una interesante resonancia crítica y un público lector motivado por reconocerse en el trabajo de narradores nuevos, próximos en sus temas y lenguajes al decir y acontecer de cada día.



Sentarse a mirar el mar

Mario Banic*

—Tenía muchos deseos de tener una —dijo el hombrecito. No sabe cuanto se lo agradezco.

—Es por nada —dije— Me alegro que le guste.

—No sabe cuanto se lo agradezco —repitió. Allá abajo el mar se estrellaba tercamente una y otra vez contra las rocas. Hacia mucho calor y ambos transpirábamos.

—¿Hace mucho que vive usted aquí? —pregunté.

—Sí —dijo— Mi padre nació aquí y yo también. Todos hemos nacido aquí. También mis hijos.

El sol pegaba duro y la sombra que hasta hace unos momentos había proyectado la casa ya no estaba.

—Sí —repitió el nombre— Todos hemos nacido aquí— Y se pasó un pañuelo por el cuello. Le gustaba repetir las palabras y a veces lo hacía varias veces para sí mismo.

—¿No le gustaría servirse una cervecita? preguntó.

—No gracias —dije— No se moleste.

—No. Si no. Está heladita —Y gritó hacia dentro a su esposa.

La mujer trajo las cervezas. Era gorda y enorme y también transpiraba mucho y se le formaban grandes medias lunas de sudor bajo sus axilas.

—Está muy buena —aseguró, aunque no era verdad pues estaba tibia.

-¿No es cierto? -dijo él.

Permanecimos un momento en silencio mirando el mar.

Me preguntaba qué hacía aquí, con esta gente. Pero ¿que diablos importaba? Eran gentes como cualquier otra. Tal vez mejores. Sentí las gotas de transpiración correr por el pecho y el vientre.

- —Si sólo corriera un poco de viento —pensé.
- —¿Cómo? —preguntó el hombre.
- —Nada. Decía que podría correr un poco de aire.
- -Más tarde -dijo él- Más tarde sale el viento.

Por un costado del cerro un punto avanzaba hacia la cabaña con dificultad por la arena del sendero, desapareciendo esporádicamente entre los arbustos y las rocas.

El viejo siguió la mirada.

- -Es mi hija -anunció Vuelve del pueblo.
- —¿Cuántos hijos tiene?
- —Nueve. Ella es la menor. Todos los otros se fueron.

Uno está muerto.

Mirando con detenimiento el punto efectivamente se transformó en una muchacha y desde lejos parecía muy joven y cansada.

—Todos se fueron —repitió el hombre.

La mujer se asomó a la puerta y también miró hacia el sendero.

—Ya era hora —dijo y volvió a desaparecer en el interior.

Después del almuerzo salimos nuevamente y fumamos en silencio.

El sol se había corrido y la cabaña proyectaba algo de sombra. Además el viento comenzaba a soplar.

Luego salió la muchacha y se paró en la puerta. No era bonita, pero tenía un rostro agradable y durante todo el rato había parecido molesta por algo.

Abajo y a unos quinientos metros, en una pequeña playa entre las rocas se veían unos botes en la arena.

- —¿Son suyos estos botes? —pregunté.
- —Sí —dijo el hombrecito.

^{*} Nació en Ovalle (1950). Ha publicado el libro de cuentos "Conceptualimcidad" (1985). Periodista de profesión, ejerce en medios de su ciudad natal.



- —¿Por qué hizo la casa tan lejos de la playa?
- —Porque aquí está bien —dijo él.
- —El no hizo la casa —habló la muchacha— El no hace nunca nada. Ni pescar. Sólo se sienta a mirar el mar...
- —Aquí está bien la casa —insistió el hombre— Es fresca en verano y abrigada en invierno.

Por la tarde bajé a la playa y contemplé con los prismáticos las luces del puerto que al otro lado de la bahía comenzaban a encenderse.

Escuché los pasos tras mío y sin volverme, sabía que era la muchacha.

- —¿Qué viene usted hacer aquí? —preguntó.
 —¿Por qué estás molesta? —pregunté a mi vez.
- —Nosotros somos gente tranquila —dijo— y no queremos nada con personas como usted.

No contesté y continué mirando con los prismáticos.

Ella caminó hacia el mar y, sacándose los zapatos, se introdujo en el agua. Cuando ésta subió por sus piernas se arremangó el vestido y caminó aún más adentro mostrando los muslos morenos y gruesos. La enfoqué con los lentes.

Ella se dio cuenta y dejó caer el vestido, que con el agua se pegó a sus piernas. Después caminó de regreso a la playa y comenzo a alejarse.

La alcancé y anduve a su lado.

—Olvidaste los zapatos —le dije pasándoselos. Desde la casa nos observaba el hombre.

- —¿Cuándo se irá? —preguntó ella.
- —No lo sé. Tal vez mañana o pasado. No los molestaré mucho.
- —¿Qué estaba mirando con los anteojos?
- -Nada. A ti.

Enrojeció.

- -Estaba mirando hacia el puerto -insistió.
- —No estaba mirando nada —repetí.

Me devolví hacia los botes y miré nuevamente por los prismáticos. Cuando torné a mirarla ella entraba en la casa.

—No te preocupes de ella —pensé— Dedicate a lo que has venido y punto.

En la tarde del día siguiente vinieron a buscarme.

El hombrecito estaba apesadumbrado pues no tendría con quien conversar y repitió varias veces que su casa era mi casa.

Entré a despedirme de la señora y de la muchacha. Ambas estabn felices que me marchara.

Y partimos en el jeep por la arena.

Una semana después la policía vino y se llevó al hombre. En la casa le encontraron la linterna que yo le había regalado y se lo llevaron.

La muchacha les dijo que él no sabía nada, que sólo era un viejo tonto que lo único que sabía era sentarse a mirar el mar. Ni pescar. Pero no le creyeron y se lo llevaron con ellos. Cuando volvió ya no era el mismo y vivió muy poco tiempo. Casi tan poco como el resto de mis compañeros.

Yo abandoné el país en cuanto pude...

Artemisa

Pía Barros*

Tenía memoria, que le devolvía una imagen antigua para engañarla, para que estuviera orgullosa y feliz como antes, antes de la curva grosera, antes del abatimiento y el rencor culpable. Pero no, se reconocía, era otra vez ella. Dejó que la mano reptara sobre la piel, que el tacto le devolviera su vientre casi plano ya, la cintura breve y flexible. Con los ojos cerrados ante el vidrio que la reflejaba, sonrió. Imaginó su piel adhiriéndose a otra, deslizándose por esa otra más morena, su piel acariciada por otras manos, sin necesidad del espejo para verificarse... Sería amada, venerada nuevamente.

Subió los dedos sonriendo. Pero eso estaba ahí. Aún ahí. La sonrisa se le erizó dura en los labios. Abrió los ojos. Eso le cerraba el paso a su vida recuperada. Los ojos se le inundaron.

Esas dos moles redondas, inflamadas, le impedían la elegancia, la complacencia de las miradas envidiosas de sus congéneres. esas masas compactas, destilando el olor pastoso de la leche, la convertían en una más, la vulgarizaban...

La criatura se movió en la cuna y ella se acercó a observarlo. Le sonreía estúpido, con ojos inexpresivos. Era pequeño, animalmente pequeño y móvil.

Parecía un siglo, pero sólo dos meses antes se lo habían puesto en los brazos con un "Felicidades, señora" y ella lo había rechazado con asco, encogiendo los brazos. "Lléveselo".

La enfermera insistió "Pero debe amamantarlo". La obligó a descubrirse y ella horrorizada tuvo que soportar a ese bicho adosado succionándola. Le dolía y asqueaba. "Depresión port-parto, se le pasará", dijo ella con la voz gangosa de profesional acostumbrada a estas lides y le dejó caer como al descuido una mirada reprobatoria.

No se le iba a pasar nunca. Aún ahora su marido la sorprendía al llegar a casa con "Dale de mamar

a ese niño, ¿no ves que está llorando?" y ella como atontada, dejaba la seducción del espejo para escuchar el llanto insistente, agotado ya, de la criatura". ¿Quiéres comer algo? ¿un café?" Luisa, esto no puede seguir así. ¿No escuchas a nuestro hijo? "y ella repetía la mentira gastada". "Acabo de darle, pero si tú quieres... "y él ordenaba con los ojos. Se desnudaba pausada, a escondidas, como todo lo hecho hace once meses. "Que no te avergüence, es hermoso ver amamantar a un hijo" "No me veas" "Está bien", decía el dándole la espalda. Apenas lo acercaba y el niño ya se prendía al pecho atragantándose, tosiendo. "¿Ves? Ya no quiere más, tomó suficiente" "No, es sólo que está ansioso" Y ella debía adherírselo nuevamente ante la mirada vigilante.

Le era repulsivo verlo pegado a ella, chorreando por las comisuras el líquido que desprendía de sus pezones antes rosados y hermosos, y ahora oscuros y grandes, desmesurados... Luego el crío se hartaba y dormía sin desprenderse. Debía separararlo como a los perros de su presa, introduciendo el índice por el costado de su boca.

A veces, Marcos la sorprendía a la hora del almuerzo (que ella se negaba a ingerir para recuperar su antigua forma). "Vine a ver al heredero, ¿ya está llorando? Este hijo mío tiene buenos pulmones" Y la tortura, la pestilencia de la leche...

Pero no estaba dispuesta a que la devorara más. El llanto le llegó de lejos, como en una nebulosa. No, sería bonita otra vez, estilizada y sensual, no una matrona gruesa, deformada por la complacencia. Que gritara fuerte, porque no se lo pondría al pecho como un vulgar ternero. Marcos no iba a volver hasta dentro de tres días y era tiempo suficiente para educarlo. Todo era cuestión de disciplina, biberones y fórmulas correctas. La criada se encargaría.

"Señora, se niega a tomar la mamadera, creo que tendrá que darle usted"

"Le di una orden, Angelina Pero, señora..." "Obe-

^{*}Nació en Santiago (1956). Ha publicado los libros de cuentos: "Miedos Transitorios" (1986) y "A horcajadas" (1990). Ha dirigido numerosos talleres literarios e incluida en antologías y revistas literarias.

dezca, y lléveselo al otro cuarto, no soporto más los gritos". La muchacha obedeció, acunándolo. Lo malcriaba, estaba segura, pero ya prescindiría de ella cuando Marcos estuviese más tolerante. Ahora no hacía caso de sus pedidos, pero en cuanto recuperara su cuerpo, todo iría mejor.

Marcos llegó al siguiente día. Luisa le aguardaba con su mejor blusa y su actitud felina y aniñada de los primeros tiempos. "Tengo todo preparado, amor, te esperaba", hizo ademán de ir a llenar los vasos, pero fue interrumpida por "¿Y mi hijo?" "Está con Angelina. déjalo" "Primero veré al niño, ven conmigo". La sonrisa se le congeló en el rostro, pero fue con él hasta el cuarto al que no había entrado desde su partida.

El niño estaba ojeroso, demacrado. "¿Qué le ocurre a este niño, Angelina? Parece enfermo" Antes
de responderle, Angelina se encontró con la mirada llameante y guardó silencio. "Debo ser yo,
querido, tal vez ya no deba darle más de mi leche..." "Tonterías, la leche materna es lo más
sano, seguro se trata de otra cosa. Póntelo, ya
verás que estará mejor... No habrás dejado de
amamantarlo, ¿Verdad?" "No, por supuesto, es
sólo que..."

El niño se prendió al pecho con desesperación. Ella lo veía como un animal frénetico, torpe. Ya le enseñaria los modales de caballero más adelante, ya vería...

Cuando trató de retirarlo, él se le aferró a la piel y succionó de sus costillas. Marcos reía. "Ves, tiene hambre, es un niño muy comilón este hijo mío".

La siguiente mañana el espejo le devolvió una pequeña protuberancia bajo el pecho izquierdo. Un montículo casi inadvertido para otro ojo que no fuese el acucioso denotador de cualquier imperfección que ella poseía. Le restó importancia.

Por la tarde, el niño se le adhirió con tal fuerza, que Marcos dijo que habría que llamar a un médico, no era normal que un pequeño alimentado a sus horas tuviera esa ansiedad. Luisa se negó rotunda: no estaba dispuesta a que la descubrieran. El sábado, él quiso que lo dejaran junto a ellos en la cama. Hacia mediodía, el niño se arrastraba hacia ella. Con la pierna, lo empujó, pero él chupó con ahinco su rodilla. Tuvo que dejárselo al pecho ante la mirada dulzona y estúpida de Marcos. Mientras lo alimentaba, observó que algo de líquido chorreaba de la protuberancia bajo su seno izquierdo. Se alarmó. El lunes vería a un médico.

Esa noche su marido la desvistió cuidadoso, con una veneración que le desconocía. Ella tuvo cuidado de desviar las caricias para que no notara la protuberancia goteante.

En la mañana, despertó con el niño succionándole la espalda. De un brinco estaba de pies, asustada, "Dale su desayuno, mujer".

"Recuerda que hoy sale Angelina". La repulsión le hacia sentir ganas de golpear, romper, desmembrar a ese crío voraz y dominante. No quería que Marcos la abrazara, porque podría descubrir ese montículo, el vestigio feroz de la imperfeccióm en su nueva vida.

Dijo que se sentía mal y se recostó. Las pesadillas la hacían dar vueltas y sumergirse en un paraje desolado, donde el grito no traería ayuda. Una rama le chupó el costado, otra el cuello. Corrió. Miles de arbustos sanguijuelas le iban devorando el cuerpo. Tenía todos los gritos atrapados en la garganta.

"No grites, Luisa, que asustas al niño", le decía Marcos con el chiquillo en los brazos, sollozante y tembloroso. "Que soñabas... estás temblando" "Nada, nada, pesadillas, ¿grité?" "Sí, parecía que veías una escena de terror"

El atardecer se le hizo largo, "¿Qué tienes en el cuello?" y reía. "Parece una tetilla" Ella se sobresaltó. Los dedos le devolvieron la forma redondeada, con un brote del tamaño de un minúsculo pezón. Las lágrimas fluyeron incontenibles. "No te pongas así, es un lunar un poco más grande, tal vez tengas una infección, Luisa, no llores, no sé qué hacer en estos casos... Sí, debe ser eso, Max dijo que habría que cuidarte de la depresión postparto. Anda, acuéstate, yo veré al niño y luego te lo llevaré para que lo amamantes". Luisa lloró hasta las convulsiones.

Dormía cuando Marcos lo dejó a su lado. El niño la buscaba, succionando cada trozo de su piel a su paso. El padre sonreía divertido y puso la boca pequeña en el sitio correcto.

Al amanecer, Marcos observó el cuerpo de Luisa. Era algo serio, estaba seguro, debía tratarse de una peste extraña, o algo así. Sin hacer ruido, se levantó, dejó al niño en la cuna que adosó a la cama para que ella lo sintiera si despertaba, y se encaminó en busca de un doctor, al que seguramente demoraría en encontrar en domingo.

Luisa despertó sóla y horrorizada. Tenía el cuerpo cubierto de tetillas y de cada una manaba leche. El niño mostraba su hambre revolviéndose inquieto en la cuna. la cama estaba empapada. Trató de levantarse, pero se sentía a cada instante más débil y adormecida.

El niño lloraba junto a ella. Al girar para no contemplarlo, su cuerpo produjo el sonido de un chapoteo. A breves pasos, el espejo le devolvía su figura macilenta y húmeda. Se fue sumiendo en la inconsciencia, mientras la leche empezaba ya a mojar la cuna del niño, que chupeteaba la almohada con ahínco.

Plaza Italia

Jorge Calvo*

I viento que llega de Providencia arremete por la escalinata del Metro Baquedano y deja las faldas pegadas a los traseros de las niñas. El más flaco viste jeans, parka roja de franjas blancas y masca chicle, el otro, rubio, la cara cubierta de pecas, fuma sin parar los cigarrillos que va sacando de la cajetilla de Lucky que compró allá, al frente, cuando entramos a la Fuente Alemana y no había dónde cresta sentarse a comer una hamburguesa con palta y ponerse un buen jarro de schop negro espeso y heladito.

En vista de lo cual éste sacó las monedas y compró la cajetilla. De regreso a la vereda - Puchas, esto sucede, te lo dije ... Al otro lado de la Alameda y del crepúsculo, el mismo viejo Restaurant El Castillo. Adelante, en la esquina, Fuente de Soda Zurich. Le metemos chala al cemento y fósforo encendido al pucho sin filtro que entre paréntesis a mí no me gusta por eso de la brizna de tabaco que se mete y ya no hay cómo. Ella empuja la portezuela del Fiat 125 y baja la pierna larga y blanca, el vestido negro arremangado encima del muslo. ¿Viste loco? Al otro lado del Fiat aparece un tipo grande y ella - Mirala como empuja la puerta con la guatita. ¿Te gustaría estar ahí y ponerle la punta? La vuelvo loca, flaco. Ella nos manda una mirada por abajo, casual, pero llena de maldad, coge el brazo del grandote y caminan hacia el Zurich, arrimándole el cuerpo, atrincándole las caderas.

Mejor vamos a los flipers, acá mismo, sacar fichas y buscar la máquina que éste conoce como la palma de sus bolas. —Fijo que ganamos... — La primera sale impulsada por el resorte; mil, milquinientos, cinco mil. Aprieta los botones, la bola va y viene, rebota, marca quince mil y clink, se la traga el orificio de luces, justo al centro de la hebilla del cinturón del gladiador que sostiene la pistola de lazers. Así se van yendo las bolas unas tras otra, y tenemos hambre, así que mejor no más fi-

chas y le metemos un empujón al aparato electrónico y hace til. Encendemos un pucho y a la calle, como la Fuente Alemana está a punto de reventar, sobre la marcha nos pegamos la virá. Encima del Sony Cantolla de neón que brilla en lo alto se han reunido un montón de nubes gordas y sucias. El semáforo; verde, naranja, roja, cruzamos a la carretera, esquivando los vehículos que van deteniéndose por el lado de Vicuña Mackenna. Nos paramos en el quiosco a mirar los pezones de la niña en la portada de Bravo y vuelta a machacarle. Entonces a este loco le baja la onda de preguntar ¿A cuánto sale el anillo, la cadenita de plata y ese Cristo de cobre...? a los pelotudos que venden sus porquerías de metal y conchitas encima de pedazos de género o simple papel de diario, en el suelo y a la entrada del Metro. - Doscicentos cachos... Estoy más huevón... Te lo cambio por un pito (canabis) y si querís querís y si no... andaaenhebraraotromerengue.

La cosa es que el viejo de éste le pasó el Mini y billete, por ser hijo único y día viernes, cosas de viejo loco que trata de arrepentirse ahora, porque el siguiatra lo convenció que con el cabro metió la pata desde un principio, es decir, allá por la infancia, con la chiva de que nunca se le acercó, ni le habló de sus cosas, ni le metió cariño. Y no hay nada que hacer, lo que pasó pasó, y lo que se jodió no más, el viejo quería criarlo igualito como lo criaron a él; sin arrumacos, para que saliera hombre bien hombre, pero el doctor le mostró tarjeta amarilla, y ahora trata de componer el pasado con auto y billete. Por supuesto que éste no le contó, no podía contarle que en la mañana la miss Fanny le encajó un uno por no atreverse a estudiar la lesson, y como eso ocurrió a primera hora, éste de puro picado agarró bronca con Monsieur Cracher y por nada le gritó a la cara - Viejo maricón- Allí mismo le trajeron al Inspector General para que lo mandara suspendido hasta el lunes con el encargo especial de presentarse con el

Nació en Santiago (1952). En 1985 publicó su libro de cuentos "No queda tiempo". Ha sido incluído en diversas antologías de cuentos, y en la actualidad reside en Suecia.

apoderado, y por supuesto él no se lo contó, y hay que estar de acuerdo en que no podía, porque entonces ni Mini, ni billete, ni viernes... A mi viejo le importa lo mismo una mierda que se trate de un uno o de un siete, igual me arruga las cejas y sigue con lo suyo— Estacionamos el Mini frente al Cordillero, cerca del café Ulm, donde esta noche sólo tienen un merengue de Folclore que no pasa, pero si fuera jueves y jazz con los Vanguardia ahí sí, hay onda, llegan las loquitas y uno puede encender los motores pa'toda la noche, divina noche, aunque sea arriba del Mini y en la rotonda de Macul.

Fuimos a comer, más que nada por enchufarnos algo líquido, el Alemán repleto, compramos Lucky y nos vinimos hasta la puerta del Burguer, donde asoman las loquitas a buscar merengue, merengue, menéense, maréense, y de pie aquí, en la puerta, vemos como el aire frío que cae del barrio alto se mete por la escalinata del Metro y levanta las minifaldas fumamos, viendo a la gente correr a los buses Puente Alto, los colectivos y los conchas de los artesanos y las colillas y los cambuchos vacios de papas fritas, boletos de micro, cajetillas arrugadas, trozos de diario, o papel confort que el viento se lleva por la vereda, orillando la cuneta y toda la porquería. Un loco de los que se paran igual que nosotros en la puerta del Burguer a mirar a las niñas, y le dice -Oye... oye dame un papa frita, dame un besito, dame tu lenguita cosita, oye cosita dame un besito... Si, un loco igual a nosotros, pero sin Mini y sin billete, nos mira y pide —Dame un pucho...— Y éste otro le manda una última aspirada al lucky y mejor entramos a comer algo de uan vez por todas, aquí que está vacio, antes que nos salga bronca, o nos pelen los puchos. Cheesburguer, y tocan Seotember de The Wind and Fire.

Con las bandejas en la mano, echamos una mirada, nada más para ver si hay un par de locas potables y como no pasa, bajamos y éste me dice -Fijate en el James Dean peinadito a la gomina y con terno negro de la fotografía, se parece más al loco de los tangos, Gardel en Buenos Aires, que al rebelde sin causa de la película de la tele- Ponemos segunda por la cuestión de la bandeja y los escalones, y éste va murmurando, repitiendo, reimprimiendo la musiquita que brota del parlante I don't want a talk / about things we come through / Those it hurt in me / Now it's history. Los merengues de plástico irradian luz, limpieza, tiene apartados o individuales y puedes meter la mano bajo la mesa y nadie te ve o te observa, los asientos son blanditos, forrados en tevinil y uno puede pasar horas y horas con uno o dos vasos de cerveza o coke, metiéndole a la lengua y escuchando Don't Cry For Me Argentina / Todo a ganador / Imagine / Los ojos de Betty Davis / Fire / Georgia on my mind / Dear Comisary, y tocan a Who, A Kiss, a Yes, a Police y claro, de repente algo en español. Chiquitita sabes muy bien / las estrellas brillan por ti / allá en lo alto, y a veces.

El sol nos olvidó ayer sobre la arena, tenía frío, tu cuerpo me dio calor, del carajete de Joan Manuel. Eso ocurre cuando ya saliste de clases o simplemente no fuiste al colegio y esto va llenando de loquitos y loquitas que vienen a batir lengua — Viste / Sabís / Te fijaí— Un carrusel de papelitos que circulan, los recados, la musiquita, sin darte cuenta ya con las seis o las siete, oscurece y me tengo que ir, o si no la vieja. Y te vai por el parque, poniéndole la boquita, apretándole las manzanas del pecho, tocándole las caderas, la cintura y las carreteras de la espalda y quedai entero cargado y si no podís clavártela, te tenís que ir así mismito, como le sucedió a éste otro, que siempre es el descueve, anda in, y puede arremeter donde sea, porque le sobra billete, pero el otro día le falló, quedó entero mojado a la entrada del parque nada más que apretándola, y después andaba tapándose con el cuaderno la mancha en el pantalón, entonces comenzó a cachar la onda y ahora se pone confort o simplemente se emociona menos, así son las cosas, pero esta noche al fondo del potrero plástico un pelotudo de anteojos conversa con dos gordas, nos sentamos a la entradi-



ta, porsiaca, y papas con mostaza, keptchup, ají; al cheesburger caliente se le cae el queso, con la cerveza tibia y amarga no dan ni ganas, pero todavía con la esperanza de que esta noche no sea otra de esas en que todo se da en contra y mejor guardarse temprano para no pasarse mucho rollo y terminar recurriendo a la manuela, para los despachos de Quaker a provincia, como sucede a veces, diciendo: Lo que es la mente, no pasa ná, el bacilón no sucede, y los vai cachando ya más definitivos, al son de la música orquestada de los Beatles, que de nuevo salieron a la onda y con la muerte de John Lennon, machacado a balazos, y las gordas de fondo recorren las mesas buscando vasos de plástico vacíos y los guardan en las carteras, y se acabaron las papas.

En eso aparecen dos flacas, pasan muy serias con sus bandejas y van a sentarse al frente de las gordas y el anteojudo, nos miran, como que no quiere la cosa, de reojo, y la verdad sólo una es flaca, la otra, la que más se ríe, una chicoca harto potable, le digo a éste —viste loco, ya tenemos volá y mejor compramos tra cerveza-. Se mete un lucky a la boca, siempre serio, porque eso sí, es como indio y me pregunta —¿Te atreveís— y yo- Claro, de eso se trata, o no- Entonces nos acercamos al par de locas, que la verdad verdad, tienen pinta de asesoras del hogar, y le murmuro a éste —Déjame a mí— Me lanzo directo a la flaca y le digo - ¡hola! - poniéndole sobre la marcha un besito a la mejilla, ella se deja por pura inercia (técnica, mi amigo), cierto que pone cara de estratósfera, entonces le explico - El otro día, en la puerta— y aprovecho de presentar, éste las saluda con besos a las dos, nosotros siempre de pie y ellas muy sentaditas, la chicoca no puede más de risa, pero la flaca insiste- ¿Dónde?, no te recuerdo. La envuelvo con un gesto y le aclaro —El miércoles en la tarde en la puerta, el loco del taxi, y mejor vamos los cuatro a nuestra mesaindicando para allá, tomamos cerveza y conversamos un rato, o platicamos, o lo que ustedes quieran. ellas se dan una mirada, observan al par de gordas y al pelotudo de anteojos en la mesa del frente, y con cara muy seria la flaca dice -Ustedes que se creen, oye? ah, qué piensan que somos nosotras, quieren tomarnos el pelo... Y yo, si perdón, es decir no, sólo convidadas un rato, charlar, nada más; es decir cachai la onda flaquita... —De mi corazón, de mi alma y de mi desventura. - Ji ji ji la chicoca, y la otra - Lo siento, pero no recuerdo cuándo, cómo, no dónde...? Si la atajo, pero podemos beber una cerveza, conocernos mejor, junto con eso inicio el gesto de sentarme. Pero la flaca muy seria - Mira, nos gustaría mucho, pero estamos esperando a otras

personas y están por llegar, ji ji ji la chicoca, la próxima vez, categórica, lapidaria la flaca, mirando a la chicoca ¿No es cierto? Y la chicoca risueña —Pura verdad chiquillos— En ese caso, nada que hacer, besos a la mejilla y chao, bueno, chao... De vuelta a la mesa con el rabo entre las bolas. Sospechando que esta noche es otra de esas y mejor será encaletarse una cerveza más, a cada rato más caliente y amarga, y largarse temprano. En eso bajan dos tipos, medio enojados, con trajes de oficinistas, empleados públicos, o vendedores puerta a puerta, temo gris y azul, se unen a las flacas y se ponen a conversar como si trataran un negocio. Nos dedicamos a mirar el techo, Barbara Straissand con de Star is Born, y le damos el bajo a la cerveza en esta cavema de plástico, donde se arruina la noche, mascullando, pegándole a la perra, y todo lo que uno agarra cuando tiene bronca porque las cosas no resultan y no funcionan y todo el vuelo consiste en irse de viaje a la mierda. De pronto los tipos han discutido con las muchachas, no hay, no hubo acuerdo, pasan a nuestro lado y se marchan enfurecidos. A continuación, como si estuviéramos en un desfile. vienen las gordas con el pelotudo de anteojos y solicitan los vasos plásticos vacíos por favor, dan las muchas gracias, no hay de qué, y chao, desaparecen escaleras arriba. Quedamos solitos con las flacas en el inmerso agujero, mirándonos a la cara y tirando lápiz mental, mientras la voz de Roberta Flag sale de los parlante y el cenicero rebalsa de colillas.

E

No viene nadie más, las canciones una tras otra, reemplazan el silencio. Cuando las flaquitas, medio enojadas, se acomodan las faldas, se cuelgan los bolsos del hombro, cruzan frente a la mesa y se pierden por la escalera, nosotros partimos de atrás, siguiéndoles los pasos. Ellas atraviesan el local, donde un mozo limpia las mesas, y salen a la noche. Desde la puerta las vemos caminar hacia la esquina, dándoles ventaja. Una neblina sucia cubre la ciudad, las ampolletas de los faroles parecen velas a la distancia, la mayoría de los negocios bajaron las cortinas. Más allá de la plaza, del río y los edificios, el San Cristóbal es un gigantesco animal negro, esperando, y las bocinas, el eco distante del tráfico que disminuye, apenas uno que otro cachorro pasa veloz, dando tumbos encima del pavimento. El aire entre tibio y húmedo se descuelga en ráfagas desde Providencia y arremete por la escalinata desierta del Metro, una mujer con un niño caminan en la esquina, un ciclista espera el cambio de luces, y antes de ponernos a caminar, ésta saca el último Lucky, arroja la cajetilla y el viento la coge, y la lleva rodando por la vereda hasta el final de la cuneta.

Última cena

Jaime Collyer*

abía sido, años atrás, miembro activo de la iglesia anabaptista de Amsterdam, un dato que justificaba por sí solo su historia y sus tribulaciones: una tragedia en cualquier caso menor, de variantes gastronómicas y religiosas. Se había apartado de la iglesia y los evangelios por temor, la misma razón por la que otros perseveran. Nos relató su aventura entre complacido e inquieto, en algún simposium de etnología al que asistimos Laura y yo, sin conocerle. Se apellidaba Van der Haag, era delgado, rubio, fibroso, bien parecido. Tendría treinta y cinco años, llevaba espejuelos y evidenciaba, ya entonces, amplias entradas en la frente, aparte del entrecejo en permanente tensión. Se había diplomado a temprana edad en antropología y teoría lingüística en Lovaina. Hablaba perfectamente el español, algo de italiano y también algo de alemán.

—Y la lengua maquenda— añadió cuando nos presentábamos.

—¿La qué— preguntó Laura.

—El dialecto de una tribu amazónica —aclaró. Ya les hablaré de eso.

Me parece que a su modo recatado se sintió atraído por Laura, quien a su modo recatado se sintió atraída por él. Quizás debí ausentarme una mañana del simposium para que lo resolvieran. Quizás lo hicieron, sin necesidad de que me ausentara una mañana del simposium.

En posteriores encuentros nos detalló su vida y se resolvió a confesarnos, en la cafetería del lugar, la razón de su entrecejo atormentado, esa historia de la Amazonia. Fiel a la tradición familiar, se había sumado, tras graduarse en Lovania y volver a su país, a la iglesia anabaptista. Su adhesión a la epopeya calvinista fue calculada, según nos confesó en el segundo whisky. Representaba para él la posibilidad de sumarse alguna vez a una de las misiones que su iglesia desarrollaba en el Tercer Mundo y otras latitudes abando-

nadas mayoritariamente de Dios. Antes, para hacer méritos ante sus pastores, recorrió por las tardes la ciudad en bicicleta, estraviándose entre los canales y edificaciones de la periferia urbana, golpeando a cada puerta de los hogares inmigrantes para ofrecer a quien apareciera en el umbral las publicaciones de su iglesia. Laura y yo nos sentimos vagamente conformes de saber que esas cosas también le ocurrían a un doctorado en Lovania. Muchos adquirían las mencionadas publicaciones a cambio de algún donativo escaso, para librarse de Van der Haag y sus huestes.

Había en su relato un matiz de ironia, algo que delataba su progresivo alejamiento de los evangelios: algo, quizás el traqueteo juvenil, fatigado, por las calles de Amsterdam había desgastado irremediablemente su fe hasta convertirla en un despojo, un remedo del fervor inicial, antes de que todo se le redujera a un montón de arena entre los dedos, antes del resentimiento y la ironía. Antes del temor.

Con el simposium a punto de concluir averiguamos al fin sus razones intímas —que parecía deseoso de exorcizar en las orejas de un tercero—, las mismas que lo habían convertido, al final, en un misionero de signo inverso, en el hombre que proclamaba las ventajas del agnosticismo, "los peligros de la fe...

—Es mejor prescindir de Dios— repetía cuando el tercer whisky había embebido ya su cerebro—. Dejarlo quizás para los aviones. ¡Para cuando hay tormenta!

Cierto día, sus pastores lo convocaron a la diócesis local para indicarle que habían aprobado su postulación para alguna de las misiones que la orden pensaba enviar a nuevos puntos del Tercer Mundo. Van der Haag pensó en Africa o en el Sudeste asiático. La propuesta fue bastante más exótica: se trataba de contactar con alguna comunidad de la Amazonia, recién detectada en la selva por un estudioso alemán. Era la tribu de los

Nació en Santiago, (1955). Sicólogo. Ha publicado. "Los años perdidos" (1986) y "El infiltrado" (1989). Ha sido incluido en la antología "Nuevos cuentos eróticos (1991).

Maquenda, parientes lejanos de los Chamacoco y los Guaraníes. Eran poco más de dos centenares; eso los situaban en un punto crítico, al borde de la extinción. Andaban desnudos, construían sin paredes —apenas un techo de hojas sostenido en cuatro pilares— y se alimentaban de ciertas especies animales y peces, raíces vegetales, pan de mandioca y frutas, aunque había reminiscencias de antiguas prácticas de canibalismo, ahora extinguidas, en la simbología de la tribu. Eran, pese a todo, amistosos y receptivos al hombre blanco, como ya lo había comprobado el académico alemán en su breve estancia de una semana, para abrir el camino a los misioneros anabaptistas.

Ahora se trataba de acudir allí, Biblia en mano, para referirles los evangelios, la palabra divina, sin avasallar sus tradiciones, que incluían el sexo indiscriminado y el mono a las brasas. Por eso lo habían elegido a él, Van der Haag, que sabría compaginar la fe y la razón en los parajes desconcertantes del mato-grosso.

Un viernes de marzo embarcaron, Biblia y crucifijo en mano, en un reactor de KLM con escala en Recife, él y cuatro expedicionarios más: un médico, un botánico y dos arqueólogos, todos pertenecientes a la orden. De Recife siguieron vuelo en un biplaza hasta Belem y de ahí a Manaos, el último núcleo poblacional de envergadura, antes de adentrarse en la selva por el río y dejarse envolver los cuatro por los rayos solares, las lluvias torrenciales, los mosquitos. Navegaron dos días hacia el oeste por el Solimoes, una ramificación del Amazonas conducente a la espesura y el territorio

de los Maquenda. Por la noche acamparon en las orillas. El motor fuera de borda resistió inquebrantable y mantuvo a raya a los caimanes. El lugareño que manejaba la barcaza y el timón, de apellido Salgado, ignoraba la existencia de los Maquenda. Al tercer día adivinaron en la ribera de la derecha el territorio donde habitaban y una veintena de rostros entre los árboles. Salgado les condujo reticente hasta la orilla, se despidió a toda prisa de ellos y volvió en la dirección de Manaos, con el Solimoes a su favor.

Segundos después, aquellos rostros que habían percibido en la espesura, entre el follaje, salieron a su encuentro. Los Maquenda se sorprendieron de su altura, del cabello y las barbas rubias o pelirrojas, de sus ropas verde oliva, chapurreando entre sí, en su lengua, las impresiones variopintas que en ellos suscitaban los forasteros, riendo de cosas nimías, como los zapatos enlodados o la pipa humeante entre los labios de Hoelzel, el médico. El propio Van der Haag instituyó, de entrada, el propósito esencial de la visita, extrayendo en ese preciso momento la cruz en miniatura que habían traido con ellos, una talla coloreada y realista de Cristo pálido y agónico, coronado de espinas, claveteado por todos lados.

Los Maquenda, hombres, mujeres y niños por igual, retrocedieron abrumados.

—Jesús —les dijo Van der Haag en holandés— El hijo de Dios.

Instalaron su campamento a unos metros de la aldea maquenda. Aún habrían de transcurrir algunas jornadas hasta que la tribu resolvió aproximarse al crucifijo. Hoelzel lo había emplazado el primer día, verticalmente, sobre una roca próxima a las tiendas de campaña, en alguna hendidura apropiada. El primero en romper el aura reverencial que circundaba a la estatuilla y aproximarse a ella para examinarla atentamente, para olerla y palparla, fue un individuo rollizo y alegre al que el resto de la tribu llamaba Aye-Maké y contemplaba ahora regocijada. Conforme con su examen de la miniatura, Aye-Maké lo dio a entender a los cinco misioneros con amplias sonrisas y reverencias y arreó a sus congéneres de vuelta a la aldea.

Era el cocinero de la tribu, al que los demás aprovisionaban de peces amazónicos, monos y papagayos cazados con cerbatana y hierbas en abundancia, para que preparara con sus ayudantes el alimento diario: una gastronomía selecta de carnes a las brasas y especies maceradas en variados extractos vegetales.

—¿Esta gente practicaba antaño el canibalismo, no? —preguntó Hoelzel a Van der Haag una noche de luna, los cinco reunidos en torno al fuego del campamento. —Hace mucho, demasiado tiempo de eso —dijo Van der Haag en tono paternal, tranquilizador.

—Hoy sólo les queda de esas prácticas la iconografia —complementó Renner, uno de los arqueólogos—. Precisamente ayer he estado examinando los grabados en piedra. El alemán ese que descubrió a esta gente estaba en lo cierto, los ha interpretado correctamente.

-¿Qué grabados?

—Allí en la aldea. Es una roca pulimentada, con incisiones de hace varios siglos. El pasado de la tribu.

—¿Y qué hay en ella?

—Hombres —detalló Renner—. Armados con garrotes y lanzas, y otros en situación horizontal entre ellos. Sobre las llamas, bien condimentados. Como las delicatessen que ahora nos prepara Aye-Maké.

—¿Y cuántos siglos hace de eso?

—Muchos —reiteró Van der Haag—. Ahora prefieren el mono.

No estaba mal el macaco a lo spiedo, una especialidad de la casa que el gastrónomo les invitó a degustar una o dos veces por semana.

Al cabo de unas semanas habían descifrado algunos elementos fundamentales del léxico maquenda e iniciaron la labor de evangelización, con explicaciones rudimentarias del Génesis, las Tablas de la Ley, el atribulado derrotero de Cristo hasta su cruz. Por las noches hacían lecturas colectivas del texto bíblico, en torno al pequeño crucifijo ensartado en la piedra, que los Maquenda contemplaban absortos, sin apartar la vista de sus llagas, Van der Haag lo interpretó como una buena señal.

Van der Haag lo interpretó como una buena señal. Al mes de aribados al lugar, Hoetzel les recordó lo de las vacunas, la necesidad de prevenir entre sus anfitriones indigenas brotes eventuales de gripe y otras dolencias occidentales, considerando su escaso o nulo contacto con la civilización y sus gérmenes. El consulado holandés en Manaos les había reservado una partida de vacunas para esas fechas y alguien debía ir en su busca por el río, en alguna de las piraguas aborígenes. Ninguno quería moverse del lugar. Lo echaron a suertes y Van der Haag resultó desfavorecido con la varilla más corta.

—La travesía de vuelta fue más breve —nos explicó ahora—. Navegaba con el río a favor y alcancé Manaos al cabo de veinticuatro horas. Allí me repuse de las comidas aborígenes y los mosquitos. Las vacunas llegaron un par de días después, bien conservada en material aislante. Eso me obligaba a regresar de inmediato. Al amanecer del tercer día zarpamos nuevamente con Salgado, que exigió casi el doble de la tarifa precedente.

-Que tipo -acotó Laura.

Van der Haag guardó silencio. Esperamos en vano a que redondeara su historia. El mutismo, inesperado, lo fue ganando, hasta que bostezó, echó una ojeada a su reloj y se alzó, con el pretexto de regresar a su hotel a preparar su ponencia del día siguiente.

—¿Y qué pasó con los Maquenda? —indagó

Laura, decepcionada.

—Mañana —dijo él con aire teatral y se dirigió a la salida—. Nos vemos aquí mismo en el bar, si les parece.

—Que tipo —insistió Laura—. Van, ¿no nos vas a dejar en ascuas hasta mañana?

—Así es —dijo él y le arrojó un beso desde la puerta del bar.

Laura quedó enfurruñada, más de lo esperable.

A la noche siguiente, en el bar del hotel, salimos de dudas. Cenamos temprano, los tres juntos, pero el bar nos retuvo hasta la medianoche o más. Van der Haag se excedió decididamente con el coñac, buscando el subterfugio necesario para referirmos su viaje de vuelta a la aldea maquenda por el río, que no conseguí olvidar. Con menos peso a bordo -tan sólo iban esta vez Salgado y él- llegaron nuevamente a su destino en la mitad del tiempo requerido en el primer viaje, pero la recepción fue distinta. Esperaba ver a Hoelzel fuamndo su pipa en la orilla. O a Renner. Ni siquiera había los rostros indigenas de la primera vez entre los árboles. Salgado prefirió aguardarlo en la embarcación, hasta que él se cerciorara de que todo estaba en orden.

Caminó inquieto hasta el lugar donde habían emplazado las tiendas de campaña, pero estaban vacias. Tan sólo quedaba por allí el crucifijo enclavado en la piedra. Les supuso en sector de la aldea, en alguna sesión de catequesis con todo el

poblado, y fue a ratificarlo.

La aldea estaba a unos viente metros del río, en un claro de la selva. Algo en su interior le sugirió entreverarse con la vegetación y aproximarse sin ser visto. Segundo después percibió el rumor de la tribu en el claro.

Desde la arboleda los vio, al grupo reunido en torno a las brasas y al gastrónomo, Aye-Maké, que estaba de espaldas a él y el río, cuchillo en mano. Al fondo aguardaban Hoelzel, Renner, los otros dos, todos claveteados a sendas cruces, desmadejados, ya muertos. Bien condimentados para la cena y el paladar siempre ávido de los Maquenda.

—Habían retomado su dieta primigenia —nos explicó Van der Haag—, con la ayuda de nuestro sagrado libro de cocina.

Dos x cuatro + esprei y zapatillas

Eduardo Correa*

a pared inmaculada, blanca espantosamente alba para Roberto Ilufi tarro esprei en mano. A punto de hacer estallar la frase, la leyenda. Aquella primera oración de un discurso que estaría esperando, como aquel que se iba a continuar en el tiempo, superándonos a todos los que en ese momento éramos incapaces de meternos dentro de su carrusel-cabeza, mate, donde las ideas se redondeaban recortándose también sobre un fondo más bien blancuzco, para dar luego las órdenes musculares y empezar con una práctica adquirida por tantos años de muros distintos, de zapatillas nor estar para las carreras de última hora y a ver si me pillan ahora. Dejando siempre, siempre Ilufi, que el barrio te reclamara al otro día, por esa línea contorneada que se posó adrede en la pared recién pintada de doña Octavia, recordándole la conmemoración de algo que ella ni siquiera sabía en su memoria tan poco dada a los hechos. Pero para eso estaba él, para que la tribu, pueblo, encontrara en su mano las suyas propias y convertirse en el gran amanuense de una historia que no acaba nunca y siempre quiere perpetuarse antes de morir en el olvido más profundo. Y celebraríamos todos el cumpleaños cincuenta de doña Luisa Bermúdez con una gran fiesta en el barrio por tan querida que era la señora y llegaríamos los de la cuadra con paquetes envueltos en papeles de colores con cintas y rosas en las amarras plásticas y, por supuesto, llufi, siempre llufi, dejando que su esprei empezara a llenar de signos la muralla de ladrillos anotando su tan mal interpretado "cincuenta años de lucha" que lo llevó a esconderse un buen tiempo de los que lo seguían en la noche, creyendo encontrarlo en alguna pareja de enamorados de esquina o en cualquiera de nosotros que volviera con más copas de costumbre a esas horas a la población.

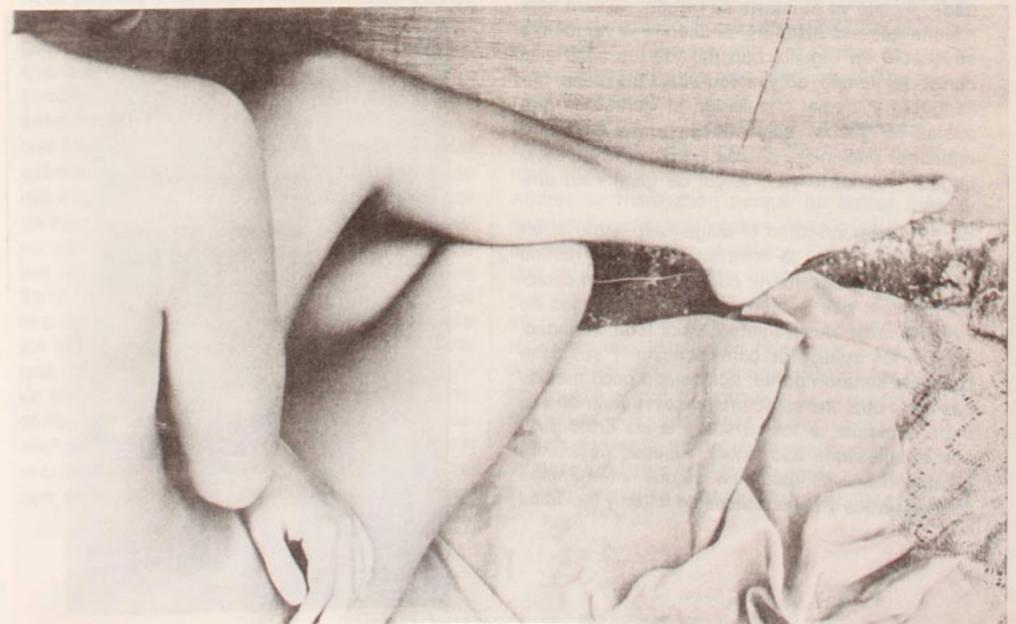
El asunto era verse ahora tarro en mano frente al deseo más grande de todos y quedar estampado

memorablemente en una especie de hechizo que veríamos al día siguiente desde la micro, en los paraderos y comentaríamos, ahí está llufi, aunque nadie efectivamente supiera quién era en la vida diurna y de su rostro sólo existieran conjeturas diversas que sufrían variaciones respecto a la temática mural y a sus distinciones. Entonces él deja caer la frase que se va dejando acariciar sola, expandiéndose en lo blanco, repitiendo lo blanco más allá de cualquier limitación, traspasando incluso los límites inciertos de la población para atravesar otras tan distintas y llegar hasta el centro repleto de espejos multiformes, que también repetían esas imágenes, que pronto empezaban a hacerse cotidianas para muchos, hasta que eran algunas partes cubiertas nuevamente por los blancos inmaculados listos, por cierto, a las aventuras de futuras grafías. Y ahi aparecia nuevamente él, sigiloso en sus zapatillas blancas, para repetir un verdadero ciclo de existencia y hacernos pensar a algunos que las palabras son el aire y vuelven al aire, llufi bien y mal intencionado, mensajero de algo en que siempre estábamos dispuestos a creer, frente a la inmaculado de ese instante, escribe; "Pero una noche la mano del destino. Se lo llevó de mi lado junto a Dios". Y ahí todos nos pusimos a conjeturar pues los versos aparecieron no sólo en la población, en lo albo más cercano, sino que también en el centro y otros barrios. El verso triste repetido cien veces y nosotros que transitábamos duro levéndolo por lo menos veinte veces al día. Y nos entró la duda que si el pobre llufi había tenido una gran pena de luto, que si su novia, y todo terminaba vagamente, porque el día siguiente o el verso ya no estaba o había sido reeemplazado por otro del estilo de: "la vida es así / que le vas a hacer / no quiero tener más penas / por culpas de una mujer" / o "sonrisa milagrosa que es bálsamo en la vida / lo mismo en horas buenas que en la adversidad"/. Y todos nos poníamos a pensar en que cómo llufi

^{*} Nació en Viña del Mar (1953). Licenciado en Literatura en la Universidad Católica de Valparaiso. En 1988, publicó su volumen de poemas "Barparadaise".

se había decidido por los versos, si hasta debía haberle pasado algo extraordinariamente grande para que le aflorara su vena creativa. Y todo siguió así hasta que manolito Cedrón descubrió que los primeros versos que había anotado llufi correspondían al tango "Abuelito" de Carlos Cábral, Alberto Laporte y Eduardo Tronge, porque cuando había visto el verso se había también acordado de un disco viejo que ya casi nunca tocaba y se le ocurrió comprobarlo. La noticia sí fue noticia, y en ese ir y venir de versos sueltos y dispares que proliferaban en las calles empezabamos a tratar de adivinar procedencias, origenes más acertados e incluso melodías. Fue entonces que dejábamos pasar tres micros antes de subirnos tratando de ponernos de acuerdo en que si "Cuántas veces derrotado yo me alcé para gritar, más el miedo de perderte me frenó" correspondía al tango "Derrotado" o al tango canción, "El encopao" con letra de Enrique Dizeo y Osvaldo Pugliese. Hacíamos que Toño Ríos cambiara el recorrido de la treintaidos para encontrar más pistas por Ilufi, y ahí nos largábamos a buscar cancioneros antiguos en la librería del Ramón Díaz que se fue convirtiendo en el patrón de las tertulias tangueras, dejando que sus conocimientos fueran los más acertados luego dei discurso que pronunciara un día viernes en nuestra sede social, destacando que algunos versos que nos habían llamado la atención pertenecían al tango "Derrotado" con letra de José Terragno y Agustín Bernarde y música de Antonio M. Arcieri y que la segunda estrofa se iniciaba con "Yo quemé en tus amores lo mejor de mi ilusión / y perdí la esperanza de llegar a reaccionar". Fue entonces que a los de las

radios y de algunos diarios se les ocurrió lo de los concursos en los que animaban a la gente a participar con el anzuelo de los grandes premios y todos, que ya casi no ibamos a trabajar, empezamos a participar, y en la treintaidos y otros recorridos se escuchaba tararear bajito, silbar, esbozar algunas estrofas hasta que alguien saltaba con la letra completa y nos apurábamos a llenar los cupones para ver si esta vez la suerte nos tocaba con "Han pasado los años y al correr del tiempo / con la mano puesta sobre el corazón / te juro que siento vergüenza del día / que valiendo una guita me creía el Sol", con letra de Gorrindo y música del maestro Juan D'arienzo. Si por entonces hasta las efe eme empezaron a trasmitir programas completos de tango y las conferencias empezaron a multiplicarse en los centros culturales y en la Biblioteca Nacional cuando aparecieron los profesores argentinos a dictar seminarios sobre "La influencia del existencialismo en la temática amorosa decadente de la poesía gauchesca y sus derivados". Mario Terencia esbozó la primera teoría de la praxis cotidiana de la diversidad emocional, conjuntamente con la tragedia existencial del hombre contemporáneo, y todos asistimos entusiasmados tratando de encontrar nuevas pistas para los acertijos de Ilufi, que nuevamente anotaba cada vez con un pulso más seguro "perdóneme doctor si yo he venido / a rogarle que me diga la verdad /" en los muros del Jota Jota Aguirre para que los médicos hicieran gala de su memoria tratando de completar la letra de "Cucusita", de Lucero y Riobal. Y los pacientes en coro terminaran desafinando "y en sus sueños vino el hada que pedía / y al instante la nena caminó".



Y el mundo se fue transformando en eso, una intensa e inmensa melodía prepensada por todos a partir de los versos esparcidos en calles, en veredas, sobre adobes gastados, en lustrosas superficies que gritaban suave, muy suave, haciéndonos sentir a un Ilufi, siempre Ilufi, presente, ahora y, bueno, lo demás era parte de esa historia en la que nos quedábamos parados por tardes enteras en las esquinas, pegados a la radio, escuchando como María Laporte acababa de ganar trescientos mil al haber adivinado "Soy ladrón de un corazón", y que Alberto Madrid con "Un solo minuto de amor", se había convertido en flamante propietario de un Fiat blanco, donde llevaria a la familia -según su propia confesión radial- al Quisco ya que hacía tanto tiempo que no tenía vacaciones. Jaime Hagel trató de tararear el "Yo soy de la vieja ola", con música de Riobal, pero su voz se dilataba en el micrófono, apuntalando las e de la duda más profunda y nos dejaba sorprendidos en esa misma esquina con: "A ver las barras tangueras, hay que empezar a tallar... eh...". Y nos íbamos dispersando para el centro, a instalarnos en las puertas de las radios a esperar que nos llamaran, cuadernos bajo el brazo. Nos íbamos a pie, pues los choferes de la treintaidos también concursaban y los del quiosco de diarios y hasta los periodistas. Así que la única manera de estar era estar, como había dicho el Pollo, para después sumergirse en el "Choclo", en "Manos Heridas" y "Pa' la muchacha". Y partiamos todos, cada uno cantando lo suyo, enfrascados en esa melodía indescifrable de "su cuna fue el barrio, sus pilchas la noche, comentan que soy capaz los que saben de mis mentas, sé que es imposible y que no hay nada, sé que ya no existe su balcón, no tuvo más historia que esa historia y perdiendo la vergüenza se quebró su orgullo, han pasado los años y al correr del tiempo, se vinieron abajo tus galas, bullanguero y cordial chantecler, si vieras con que ansias la quería, quisimos juntarnos por puro egoísmo, paciencia, la vida es así, ¿largá, viejo largá...! ¡Canta le yu... le yur de gluar cest arrivé...!

En su primer discurso el Magistrado llamó al orden, la cordura y la templanza. Su voz resonó fuerte, demasiado fuerte cuando habló del carácter dilectual que habían adquirido los versos de Roberto llufin, desgranándose por toda la ciudad, el país, los medios de comunicación. Y sus palabras nos sonaron duras, demasiado poco melódicas a los que nos estábamos acostumbrando a la métrica simple, a los versos y a las rimas más consonantes que asonantes. Algunos decidieron no escuchar sus palabras, porque interrumpían sus recuerdos y esos retazos de letras y melodías

que seguramente les podrían hacer ganar más premios esta vez. Fue por eso que no escucharon cuando el Magistrado decidió poner fin a lo que el llamó la ola de caos decadente y pernicioso, entablando una batalla directa contra esa forma de corrupción y que fuerzas especialmente preparadas con tapones de oídos o sordos definitivamente se encargarían de buscar al autor de tales desmanes y tropelías que habían desembocado en ausentismo laboral, baja de la producción, pasividad y otros males muy ajenos según él al espíritu que nos debía animar. Las radios volvieron a sus programaciones antiguas, aunque ya casi nadie las escuchaba, y los diarios empezaron a cerrar los concursos temerosos del Magistrado.

La pared de antes, inmaculada y espantosamente alba para Roberto Ilufi, se encendió en la noche. Resonó la goma de las nor estar en lo que se suponía una carrera, un desesperado intento por ir más lejos. La pared de entonces, antes inmaculada y tremendamente alba, permaneciendo ahí, siempre ahí, estática y silenciosa, a punto de prometer el cielo, el verso, resonando lo que parece ser un chirrido de gomas de la que también parecen ser nor estar y los pesados pasos, las carreras más pesadas y fuertes detrás.

La misma pared de siempre y entonces, como ahora, tan inmaculada y generosamente alba donde resuenan los chirridos de la goma en carrera y las otras carreras más pesadas y numerosas detrás. La pared inmaculada y silenciosa rebota el estampido y el grito interminable de un "llanto en los ojos relee su carta" apurándonos el verso, esprei botado para internamos en la noche oscura, más oscura que siempre. Fin.



Más cerca de Gabriela

Ramón Díaz Eterovic

Lo ves, Gabriela? Como todos los miércoles, Esteban ha llegado puntual. Trae cigarrillos, diarios atrasados y esa infaltable libreta de apuntes que saca de su cotona
blanca que huele a desinfectante. Mientras
me entrega sus regalos habla del río y sus márgenes pedregosos a los que asegura te llevaron una
tarde, hace mucho tiempo atrás, cuando eras la
muchacha de la boina gris de Neruda y la primavera se anunciaba en los cerezos florecidos frente
a la Facultad. Lo escucho y te niego. No es a ti a
quien nombra.

Tú odiabas el río porque a su lado dejaste corretear una infancia de té añejo, y su aletear nocturno te llenaba de presagios malignos. Esteban no sabe eso, nunca se lo he podido contar. Sólo te conoce desde la distancia de mis recuerdos y en la foto que conservo junto a los libros que me dejan tener. Una novela de Salinger y el volumen ajado de "Palabras" de Prevert que me regalaste en la Plaza Almagro, un primero de mayo de banderas escasas y carreras temerosas.

El entra y sale de mi cuarto con noticias y regalos. Historietas, estampas de artistas y pastillas verdirrojas que saben a boldo amargo. También con esos papeles multicolores en los que te escribo las cartas que nunca recibes, porque tu madre las guarda celosa de nuestro cariño y de los besos que nos dábamos al despedirnos cada noche. Lo escucho sin poder decirle nada y hundo la cabeza entre los hombros en ese gesto de niño amurrado que bien me conoces. ¿Lo ves, Gabriela? Si sólo estuvieras más cerca, próxima a las caricias de mis dedos, al humo de mis cigarrillos, o en el peor de los casos reducida a la distancia de una llamada nerviosa desde el teléfono instalado en aquel bar donde te vi por primera vez. Ese bar al que llamé "Azul". No por el mar ni por Darío, sino por el color de tus ojos y esa brisa que te brotaba de los labios al sonreir. Fue en una de esas mesas que me declaré repitiendo las frases aprendidas en las funciones del cine "Libertad", antes que te conociera, cuando era el muchacho solitario que atisbaba los juegos clandestinos de las parejas acomodadas en la fila de los cocheros. Pienso que sería más facil si las distancias estuvieran

abolidas. Sobrarían las palabras para revivir la tarde que corrí a buscarte, y tu padre, lloroso, me dijo que te habías marchado con ellos. Que ibas serena, con esa calma para enfrentar los problemas que envidiábamos tus compañeros de universidad. Contigo a mi lado las noticias de las últimas semanas hubiesen tenido un sentido, y no se me habrían antojado tan extraños los gritos, las bocinas y los cánticos que anunciaban la llegada del carnaval; ese que soñamos sin dudas de un modo distinto luego de idear las mil muertes del tirano. Sin embargo, en este cuarto que contiene una cama metálica y un velador alto, y pese a la alegría de Esteban, sentí el mismo desencanto que experimentaba al llegar a tu casa después de clases, y tu madre me decía en voz baja que estabas reunida con esos amigos que, después de tu partida, también fueron los míos al comprender que a través de ellos me acercaba a tu memoria. a esa luna que acurrucó en tu pecho cierta vez que hicimos el amor, mientras en las calles estallaban los primeros gritos de protesta, las barricadas y las iras. Al oir a tu madre sentía rabia, y después que a duras penas conseguía dominarla, me dedicaba a responder sus preguntas sobre mis estudios, y aceptaba el té con masitas fritas o galletas de limón que me prodigaba para abreviar la espera. Cerraba los ojos y al abrirlos de nuevo te recordaba envuelta en tu perfume de violetas y esperanzas.

Por eso le digo a Esteban que se equivoca y te imagino lejana, vital, con tus ojos llenos de lágrimas, como aquella tarde que supimos que Berta y Andrés se marchaban porque no daban más y querían llenar sus pulmones de todo aquello que no existía a nuestro alrededor. Fue la única vez que te vi llorar, con esa tristeza que se esfumó cuando recibimos la primera tarjeta postal de ellos. Roja, plena de flores y pastos verdes que rodeaban una estatua en homenaje a Garibaldi. Sí, Gabriela, debes saber que conserva esa postal; aquella noche del carnaval la encontré entre mis cosas, y al verla pensé en ti y maldije la soledad de mi cuarto, su pequeña ventana con vista a un patio sin flores ni gatos. Recordé esa fiesta de la victoria que te gustaba imaginar. Ese sueño

N UEVA N ARRATIVA CHILENA



que a poco conocerte se fue haciendo mío, y en el cual bebíamos vino y tú te largabas a correr Alameda abajo con los pechos descubiertos, a semejanza de la mujer en el cuadro de Delacroix. Quisiera contar ese sueño a Esteban pero no puedo, y él se entristece por mi silencio, me vuelve a conservar del río, del puente Resbalón, y me muestra las crónicas de los diarios que hablan de la gente que después de tanto tiempo, se atreve a mencionar la falda de mezclilla, la pollera roja con la estampa de John Lennon y los zapatos de gamuza con los que saliste de casa. Lo escucho de mala gana y por un momento me alegro que pronto tenga que irse. Cuando eso ocurra volverá el murmullo débil que brota desde las otras piezas, y el dolor de la calle quedará tras las puertas que se cierran cada tarde a las seis. Imponente, muevo la cabeza y Esteban me dice que si persisto en mi silencio no volverá el miércoles siguiente. Me dice que nunca viajaste a Buenos Aires ni a Barcelona; que imaginé las cartas y tus llamadas de los primeros meses eran parte del juego cruel de ellos. Insiste en el río y en tus huellas nítidas, asegura, claras a pesar del tiempo y de la tierra. Que te olvide y asuma el pasado, me pide, para que abandone el cuarto y vaya a la casa de unos parientes que han instalado una fábrica de pasteles en el sur. ¿Cómo podría olvidarte Gabriela? Nunca te dije adiós y por eso sé que cualquier día de estos te sentiré llegar por el pasillo, bella como sólo pueden serlo las enamoradas en el reencuentro con sus amantes; sonriente al hablarme de un café en Buenos Aires en el cual algunos

poetas escriben sus nombres en las mesas y existe un violinista ciego que cada noche al término de su función se acoje del brazo de una anciana rubia y se aleja caminando lentamente por las empedradas callejuelas de San Telmo. Así son las cosas, Gabriela ausente. Esteban no las comprende, insiste en mencionar el río, uno de los puentes que atraviesa el Mapocho, y anota frases incomprensibles en su libreta que huele a medicamento. El no sabe que una noche tu vendrás a mi cuarto, adolorida de todas esas absurdas muertes que te pertenecen.

Que te sentarás junto a mi cama sin hablar, igual que en aquellos momentos en los que te mencionaba el futuro y clavabas tu mirada en el horizonte rojo dibujado más allá de la Estación Central y los edificios de nuestra universidad, adivinando el incendio que días después consumiría Santiago. No lo supe hasta más tarde, pero aquella mirada fue el anticipo de ese vacío que brotó con tu ausencia, y que inútilmente traté de llenar gritando por las calles, hasta que los labios se me transformaron en sed, y la sed en la rabia que aquellos, los que te llevaron, quebraron al hacerme conocer los oscuros pasajes de tu viaje, en medio de grandes estruendos, dolores ignorados y lágrimas que no pude verte. Un dolor del que regresé despojado de esas palabras que Esteban quiere escuchar, limitado a pronunciar tu nombre y el de tu boina gris que se posaba en mis hombros a imagen de una mariposa desorientada.

Deambulé herido por las orillas del río. Buscándote, aunque sin las noticias de Esteban ni la certeza de este instante, no podía saber que mis pasos estaban próximos a tus huellas, y que me hubiesa bastado arañar la tierra, para recobrar tu rostro. Después, mucho más tarde, me encontraron los nuevos amigos, inventaron un nombre con el cual llenar las fichas y me asignaron este cuarto donde espero tu regreso y las visitas de Esteban. Tal vez un día él se olvide del calendario o de sus deberes. Quedaré a solas con las puertas que se cierran, los gritos de los vecinos y mi deseo de pintar un retrato tuyo, pendiente hasta el instante en que recupere el exacto color de tus ojos. Ahora tú entiendes que no pueda hablar y me asuma en este silencio que me agrieta. ¿Lo ves, Gabriela? Ha llegado Esteban, despliega un diario que trae impreso tu rostro y me habla del río y sus márgenes pedregosas acto color de tus ojos. Ahora tú entiendes que no pueda hablar y me asuma en este silencio que me agrieta. ¿Lo ves, Gabriela? Ha llegado Esteban, despliega un diario que trae impreso tu rostro y me habla del río y sus márgenes pedregosas.

La elegida

Lilian Elphick*

"Un coup de vent sur tes yeux et je ne te verrais plus"

A. Breton.

 1.- En Santiago no llueve nunca, pero hoy sucede lo contrario: la mampara de pavos reales está empañada, la casa oscura, un poco fría. Salgo.

Camino por ciertas calles que no tienen salida directa sino que dan vueltas y vueltas, terminan en plazoletas y luego continúan. Me gusta perderme y caminar sin rumbo bajo este lluvia. Elijo esta calle y no otra. A pesar de ser lunes no veo gente; no me inquieta, es más, me gusta que sea así.

Al llegar a una esquina hay una mujer joven. Está parada esperando cruzar. Avanzo hacia ella, no sé por qué no cruza. No hay semáforo ni automoviles. Sigo de largo; finjo comprar algo en un negocito de verduras. Desde allí vuelvo a observarla, sigue donde mismo, balanceándose arriba de la cuneta, las manos en los bolsillos. El olor del zapallo cortado es agradable; el hombre que atiende me habla. Yo asiento mientras observo las grandes pepas del zapallo calado, las hilachas. Al levantar la vista, los bigotes cerdosos del hombre me molestan, podría sentir sus púas clavándose en mi cara. Para acabar la conversación le compro un paquete de cigarrillos y me despido de él para volver a mirarla. Está donde siempre. Retrocedo, voy en su dirección. A unos tres metros me detengo y no sé que hacer. Parece no verme. De lejos, su abrigo simulaba ser un simple impermeable; pero no, tiene botones dorados, metálicos grabados con motivos marineros. Me acerco cautelosa, comprobando que el agua le corre por el pelo igual que a mí y que no espera nada de este día imaginario. Ella me mira y apenas sonríe.

No hablamos del tiempo ni de sus arbitrariedades mientras avanzamos en la misma dirección. Ha estado buscando trabajo desde hace horas y el desánimo le surge feroz de sus ojos grises. Yo también le cuento una historia de abandonos y de calendarios inútiles. A ella no le importa que el agua se le meta por el cuello.

—El mundo se va a acabar —me dice serenamente— pero quedarán algunos, los elegidos, ¿me entiende?

Yo no respondo, la invito a tomar un café, al lugar de Rosas.

Ella acepta y sonrie triste. Me gustan sus ojeras y la tomo del brazo como si la conociera desde siempre.

Hablamos durante horas y la lluvia no declina. Con el cuerpo tibio salimos a la calle, espero que se despida, retarda el momento, debe tener otras cosas que hacer, seguir buscando trabajo, o tomar el bus de vuelta. Me pregunta: ¿vamos al centro? Por primera vez, la hora no me preocupa. Le digo: sí.

Caminamos lentamente por calles que yo conozco demasiado, algunas veces ella se detiene a mirar las vitrinas. Sin embargo ella no mira, sus ojos se pierden en un camino recto, interminable, atraviesan los maniquíes, como si quisieran ir más allá de todo. El viento me refresca cuando veo cómo una anciana busca desesperada un taxi, con un pedazo de papel protegiendo su cabeza.

Después de una hora de peregrinación le propongo entrar a un hotel. No entiendo mi propia invitación, por qué no a mi casa, allí estaríamos solas, sin interrupciones, además hace tiempo que ya no recibo visitas inesperadas. Pero, ¿por qué este querer estar solas?, sé que ella también lo siente, por eso nuevamente acepta, sin mirarme, aunque le adivine su sonrisa de pecados secretos.

Es bella cuando se saca el abrigo de paño negro

Nació en Santiago (1959). Tiene estudios de literatura en la Universidad de Chile. En 1990 publicó su libros de cuentos "La última canción de Maggie Alcázar". Ha sido incluido en antologías, como: "Cuento Aparte" y "Ensacados".

y su cuerpo se refleja mohoso en el espejo. Mi cabeza se asoma detrás de ella. La abrazo.

Contemplamos esta escena por un tiempo suprimido. Ella no parece darse cuenta de su protagonismo y mira asombrada cómo yo le retiro el pelo húmedo de los hombros y lo ordeno hacia arriba, dejando libre su cuello, soplando despacio para darle más calor a sus orejas frías. Cierra los ojos y permite que le desabroche la blusa. Poco a poco va girando hasta encontrarnos en pechos que se rozan. Quiero que sus pezones aparezcan erectos y enormes. Los adomo de saliva. Sus pezones brillan rosados, íntimos, como semillas de granada. Ella gime a medida que mi lengua baja hasta su ombligo. Se recuesta en la cama y abre sus piemas. Mi lengua desciende, ella se arquea, las caderas oscilan, me frena y susurra algo.

La beso. Me busca los labios. Ciega cachorra. Oigo que cantan afuera, los hacen callar, siguen haciéndolo hasta que los cantos se pierden, luego, a lo lejos, oigo el ulular de una sirena.

Ella se deja ir como en un baile antiguo. Me abraza y echa su cuerpo hacia atrás en un apuro que trato en vano de retener, hasta que grita estremecida por sueños desenfrenados.

La elegida grita muriendo sobre mí, La elegida dormita con su cara pegada a mi clavícula. La elegida no se da cuenta de que por la claraboya del techo se descuelga la lluvia y que ya da igual este silencio de noche clausurada, La abrazo tratando de buscar calor en toda su humedad y espero que ella se despierte.

II. Usted no quiso abrir sus ojos, y cuando lo hizo fue como despertar de un mal sueño, algo nuevo, incómodo quizás.

¿Habrá oído mis canciones? Sus manos buscan a tientas el espacio que yo he invadido. Silenciosa se toca el cuerpo, intentando reconocerse, se toca las piernas, el vellón triangular de su pubis. Pero sus manos siguen buscando lo que añora, en una nostalgia llena de casualidades.

Ella me pregunta dónde estoy.

Usted se refiere a un episodio de su vida, intenta contarme lo que ya sé, un encuentro casual entre dos mujeres. Tartamudea, se arregla la ropa, se alisa el pelo, se palpa las mejillas, sus palabras tropiezan y caen.

¿La volveré a ver? Usted se esconde frente al espejo para no responder. Su reflejo no puede responder. Yo no la miro a usted, miro a una mujer de mejillas sonrojadas que se alisa cada vez más, que mira fijamente el contorno de una mujer que palidece frente a un espejo.

Ella no responde, intenta huir, desairarse del calor fugaz que le recuerda arena en invierno.

Tengo miedo de que se vaya, que cruce mi sole-

dad por la mitad y se marche, caminando sin prisa, sin mirar hacia atrás, despidiéndose apenas. Usted no sabe que el azar irrumpe sin que lo hayan llamado. Usted no sabe cómo durmió sobre mí, que yo la acaricié, que silenciamos la lluvia, la misma que ahora nos insulta, que yo le di calor; usted no sabe porque durmió, cerró los ojos y estrechó mi cintura, se hundió en mí, y soñó con un hombre joven. Ella me mira y en mí no quedan más que preguntas. Abotona lentamente el abrigo de paño negro y es bella, más bella que antes, toma su bolso, su pañuelo floreado, se desorienta, busca en vano la puerta y, por última vez, mira a la mujer del espejo. Por última vez le sonríe,

¿Cómo se llama? le pregunto a usted, usted que sale y se marcha hacia la calle, alejándose.

gira hacia mí y sonríe.

Usted no sabe que yo me quedo aquí y que me vuelvo al espejo. Antes de llegar a él, un escalofrío recorre la hendidura de mi espalda. Pero al fin llego y descubro. Me acerco hasta rozar mi cuerpo con el vidrio opaco. Usted no sabe que se ha llevado mi reflejo.

III. Su nombre es Miriam. Dijo: Mi nombre es Miriam. No conocía tan bien su voz como ahora, voz que existe sólo en el recuerdo. Miriam. Nunca más volví a verla. Se fue, tomó un bus o un taxi o caminó, desapareciendo. Quise seguirla, acompañarla. Negó con la cabeza, puso su mano blanca en mi hombro para detenerme. La puso y la sacó con la misma lentitud con que se arregló el pelo, antes de partir, mucho antes, cuando me sonrió.

He vuelto a aquel lugar, he vuelto tantas veces a mirar el pequeño letrero que sólo dice Hotel Andes, la vieja puerta siempre cerrada, como si nadie entrara o saliera.

No ha llovido en Santiago. El sol se ha quedado quieto, casi a punto de estallar. Siento nostalgia por usted, Miriam, pero ya no la busco, sólo la sueño cuando me miro desnuda, sentada en una silla frente a mi espejo, sólo la extraño cuando mi mano descansa entremedio de los muslos, tibia y húmeda, sólo la deseo y la nombro en la sencillez de este rito que cumplo, Miriam, por toda esta nostalgia, acariciándome a la hora de la siete interminable, por usted, Miriam, beso mi propia sombra y la muerdo y la beso nuevamente, lamiéndola, inventándole lujuria a sus pechos y a su sonrisa de museo, recorriéndola, mi elegida sin memoria, hasta que las palomas que anidan en el entretecho me despiertan, hasta que sus arrumacos me trizan.

Ratas con alas. Entonces, ahí la olvido. Miriam.

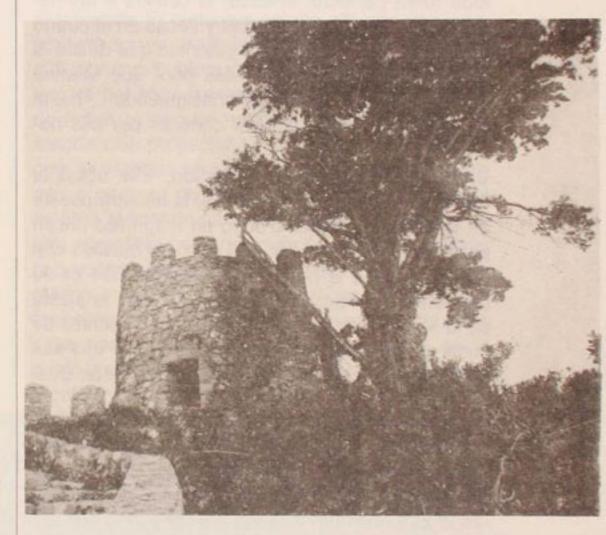
Mudanzas

Sonia González Valdenegro*

o primero es que uno tiene tantas razones para escoger una casa y no otra. Argumentos como el propósito de ser feliz., con el cual van muy de la mano un patiecito, mucha luz en las habitaciones espaciosas que se comunican a través de una galería donde a veces duermen los gatos de la vecindad. Estaba el barrio, que los dos conocíamos bien. Y eso era reciproco, puesto que las calles y los árboles (qué otra cosa define a un barrio) deben habernos reconocido cuando llegamos empujando el coche de Martina. Había el ánimo de reconciliarnos de uno de tantos desencuentros. Hacerlo por nosotros, pero sobre todo por Martina, que un día de esos se largaría con sus pasos lejos de nuestra manos.

La casa estaba ahí, frente a la playa. Al abrir las ventanas la penetró un ruido de pájaros y campanillas de bicicleta. Ahora estaba pintada de azul, y no conozco a nadie que se resista ante una casa azul paquete de vela con puertas blancas. Hicimos el esfuerzo de rebobinar la cinta de la memoria para saber quién la había habitado en nuestro pasado de columpios y paco-ladrón, pero los recuerdos de los niños no dejan todas las casas. Rubén creyó dar con alguna tarde de tocar timbres en la que una mujer se asomó a la puerta secándose los dedos con un trapo de cocina, nosotros ocultos tras un Ford de los años sesenta, pero no podía asegurarlo.

Un mes después comenzamos a trasladar las cosas. El dueño la hizo limpiar y la casa nos recibió como si fuéramos los primeros. No fue facíl, al principio, ubicar en aquel espacio de tres habitaciones nuestros hábitos y muebles. Todas las casas antiguas están cargadas de ruidos y olores, como también de cierta disposición para el frío y el calor que uno debe ir reconociendo mediante el examen cuidadoso de cada rincón. Porque las casas nunca se habitúan a uno. Si lo sabré yo.



No parecen malas personas. Son tan jóvenes. El es menor que el doctor y ella que él. Así de jóvenes. Han puesto su cama mirando hacia el sur. Sobre el de ella sólo una lámpara que enciende por las noches para tejer. La niña es linda aunque parece algo enfermiza. El doctor recomendaría mucho sol, le diría a ella que no la tenga todo el tiempo adentro de la casa y que le ponga menos ropa, pues el exceso de abrigo es la causa de aquellas manchitas en la cara y el cuello. Por las noches la chica llora. Ellos se han empeñado en hacerla dormir sola en la habitación que mira al patio, donde colgaron un columpio. Le dejan encendida una luz de mentira con forma de pájaro,

^{*} Nació en Santiago (1958). En 1986 publicó su libro de cuentos "Tejer Historias". Ha sido incluida en diversas antologías, y en revistas, como: "Puro Cuento" (Argentina), "Plaza" (EE.UU.) y "Signos" (Suecia).

pero la niña no se conforma con ese truco y despierta en mitad de la noche gritando para que la lleven con ellos. Ella se levanta haciéndole sh desde la cama y atraviesa la oscuridad del pasillo para calmarla hasta que la criatura se envuelve otra vez en su sueño de globos rosados. Ah... ella parece nerviosa. El, infeliz. La infelicidad de él es la de muchos hombres casados, un silencio constante, un no mirarla casi nunca. Y los nervios de ella son pequeñas escapadas al refrigerador o un quedarse viendo la ropa tendida de los cordeles. La luz que entraba por la mañana era amarilla y enseñaba el polvo sobre la cubierta de los muebles o cualquier mancha en el piso. Yo quería que todo fuera perfecto: el aseo, la comida a las horas, las toallas bien dobladas y secas en el cuarto de baño. Sólo buscaban la pulcritud que define la vida de las familias tranquilas para que Martina creciera feliz. Y lo estaba consiguiendo..., hasta que vino toda esa gente a caminar por mis noches.

Como hace casi todo el mundo, ella ubicó la mesa en el centro de la sala. Si la hubiera puesto en la esquina, habría creado un magnifico rincón para poner la taza de té y el plato de masitas con que acompaña la hora de la teleserie. Ese es su momento de reposo, pues coincide con la siesta de la niña. Tiene esa costumbre de las fuentes de soda de preparar el té con bolsitas, por eso sus tazas se tiñen de pintura y luego ella debe desmancharlas con cloro y sus manos se ponen blandas y arrugadas. El se levanta temprano y prepara el desayuno. El olor a pan tostado vaga otra vez por la casa. El doctor amaba despertar con ese aroma y mis pasos por el pasillo, la bandeja de motivos chinescos con un paño celeste, la leche y el pan, todo a tiempo para no retrasarse en salir camino a la universidad. De niño, él solía venir en bicicleta, empujaba la puerta con la rueda delantera gritando que traía un hambre terrible. Siempre lo estoy viendo venir de clases, los libros vuelan en dirección al sofá y sus pasos se pierden rumbo a la cocina donde las ollas de esa muier no tiran el vaho de mis guisos. De noche, mienstras ella hace dormir a la pequeña, el doctor repasa sus lecciones sentado al escritorio, la mano izquierda sosteniendo la cabeza que tira a dormitar, la derecha volviendo las páginas de un libro, ¿No tiene sueño, doctor? Todavía no, mamá, y no me llame doctor hasta que lo sea. Lo serás, doctor, ya vas a ver que sí. Apago la luz del pasillo y la noche llena la ventana de nubes que se desmenuzan delante de la luna.

Siempre tuve la sensación de que alguien me observaba. De ahí los sueños, creo yo. Alguien, algo en la casa, otra vida se sobreponía a la nuestra como otra página de un mismo libro. Cuando se lo dije, Rubén me acusó de inventar. El siempre me acusa. Y porqué no. Yo también lo hago. Tú no me amas. Me mientes. Reproches así. Nos de-



cimos cosas terribles, tal vez para no ser felices. Porque hay gente así como nosotros, gente que se resiste a la felicidad como si ésta fuera una enfermedad, a pesar de las casas y de las Martinas que sonríen agitando brazos y piernas para mostrar la alegría que les damos siendo juntos. Si no es una cosa es otra, dijo, pero nunca te gustan las casas donde vivimos. O son muy grandes o son oscuras..., o tienen fantasmas. Fantasmas, resopló lo único que me faltaba.

Dan pena. El la ha llamado estúpida y ella le lanzó un azucarero por la cabeza. La niña se puso a llorar y él se acercó frotándose la sien. Ella se alejó gritando, es una muchacha tan nerviosa. El doctor le recomendaría tomar una pastilla y mucho sol. Una hora diaria en la plaza ella y la niña en lugar de mirar la televisión. Eso diría el doctor. Cada vez que cerraba los ojos y me ganaba el sueño aparecía ese lugar. Las primeras noches fue sólo un espacio cerrado. Después supe que se trataba de un gimnasio, porque había cestos de basquetbol y graderías. Sobre los escaños estaban sentados los hombres. La visión me entregaba caras sin facciones, luego, como el objetivo de un lente que comienza a ajustarse comenzaron a aparecer las narices golpeadas, los moretones. Cuando llaman a la puerta, ella acude rápidamente porque no resiste el ruido del timbre. La niña queda sentada sobre la alfombra o dentro de su cuna. Ella mira los sobres y se queda pensando, a veces intenta ver al trasluz, pero su curiosidad no va más allá. Le daremos todas estas cartas al dueño cuando venga por el arriendo. El no contestó, sigue enfrascado en la lectura de sus libros en inglés. No me lo vas a creer, Rubén, pero esta mañana, cuando venía de las compras, me pareció que alguien estaba asomado a la ventana de nuestra habitación. Una mujer muy vieja. Sí, era una mujer, y estaba dentro de nuestro dormitorio; desde la calle, la vi tras las cortinas, como si esperara. Después entraron muchos hombres. Estaban armados. Trotar, gritó uno de ellos. La multitud obedeció. Un muchacho tropezó y cayó al suelo. Los demás fueron obligados a pasar por encima del cuerpo. Sus labios se aplastaban contra el suelo. Quería despertar, que Rubén me tendiera una mano para salir de esa cansancio de gritos, despertar...

Qué pasa, pregunta él. Ella se incorpora en la cama y se queda viendo la luz que entra através de la ventana. Es ese sueño, le dice, otra vez. esa gente que corre y yo debo mirar porque alguien me obliga a ver. Tengo que mirar todo eso. El sólo la escucha. Prueba a dormir, le dice. Sí, que lo intente. El doctor dice que no es bueno quedarse con los sueños a medias, que deje venir

a esa gente hasta que se cansen de correr. El también sufría sus pesadillas. Soñaba que estaba sentado en el escritorio y lo venían a buscar. Quiénes, le preguntaba a la hora del desayuno. No lo sé. El día que ellos llegaron no pareció sorprendido, se puso de pie, cogió sus anteojos y salió caminando hacia el auto sin volverse a mirarme, sin decir ya vuelvo. Desde esta ventana vi ponerse en movimiento el automóvil que se lo llevaba.

Había usado la fórmula mágica de contárselo a Rubén después del desayuno para que no se realizara. Rubén me escuchaba sin mucha atención. Tranquila, tontita, todo va estar bien. Estás cansada. El sueño me sorprendió una tarde frente al televisor. El gimnasio estaba ahí una vez más, pero ahora yo tenía la certeza de que iría más allá, como si hubiera dado un paso adelante en la lectura del libro, aparecerían otras caras corriendo sobre el piso de madera. Un dar vueltas a la manilla que proyectaba nuevas y mismas imágenes; la multitud sentada, los hombres que la obligan a ponerse de pie y correr; ahora una puerta se abre al final de un pasillo, un taburete, la luz de una ampolleta en la mitad de la sala, las sombras con voces que hablan al muchacho sentado, sus manos amarradas a la espalda con alambres, las muñecas rotas, los ojos que lloran, jura que no sabe nada, le gustaría saber para darles en el gusto y regresar a casa, es hijo único. Aquel argumento y luego la vergüenza de tirarlo así que es como ponerse de rodillas, pero no importa, ¿de rodillas?, ¿quieren verlo de rodillas?, la mano que pierde la paciencia, ya cabrito, y se levanta apuntándolo con un pesado objeto negro que hace clic. No lo hagan, por favor. Y el cañón tras el estruendo que le destroza la cabeza y lanza por los aires un par de anteojos rotos.

Cuando regresa del sueño me queda viendo y no hay sorpresa en la expresión de sus ojos que son como dos ventanas hacia un lugar muy oscuro. Y su mano que tiende hacia mí, a pesar del llanto de la pequeña que comienza a despertar, es un puente que debo traspasar para entrar en su sueño. Sus dedos se alargan hacia a mí. Sé que si logran tocarme saltaré inevitablemente por encima de años de espera. Sé que todo puede terminar en cuestión de segundos, que basta con poner mi piel sobre la piel de ella. Y no puedo resistir la tentación de tocarla, de coger al otro lado de la ventana cuando trepó al automóvil que se lo lleva, hacia el gimnasio, hacia la sala, la habitación oscura donde resplandecen como agua recién removida por una piedra sus anteojos rotos.

Estas cayendo

Diego Muñoz Valenzuela*

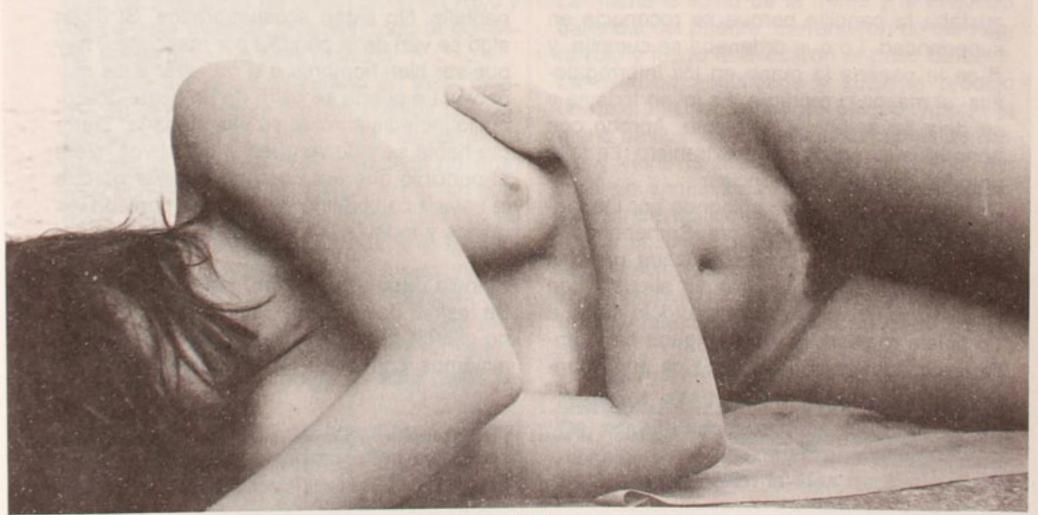
ecuerdas aquellos caracoles tornasolados que disponías en filas geométricas que el sol iba desperezando, desordenando, esos obstinados seres encerrados en sus caparazones espirales, aguardando el momento preciso para emerger desde la oscuridad, desplegar sus filamentos sensibles, antenas, ojos que tactan la tierra caracol, caracol, saca tus cachitos al sol. Más arriba los geranios, los floripondios gigantes ante tus iris infantiles, tus pupilas inmundas de verdes, de rojos, de amarillos; las manos ordenando los bicharracos que se animan con el calorcito y van en busca de los tallos, de las hojas tiernas. Entonces tu mente salta a otros recuerdos, subes por entre cerros cubiertos de pinos y eucaliptus, los pies haciendo crujir las agujas del suelo y las hojas lanceoladas y fragantes, las ramas en lo alto rozándose, frotándose, llevando a tu oido sonidos inquietantes por donde se deslizan las imágenes de los ogros, las hechiceras, los gnomos de los cuentos, vas de la mano de alguien que puede ser tu hermana, pero el rostro de ella está cubierto por una especie de neblina que te impide reconocerla; de pronto el bosque se rompe y aparece una duna interminable, atrás el mar se materializa, llenando tus ojos hasta la saciedad con su extensión inmensa. Muy arriba un alcatraz flota estático en el viento con las alas desplegadas. Un lobo marino retoza cerca de las toninas que observas fascinado. Todo se esfuma y estás en la básica con tu overoll beige inclinado en el escritorio desde donde te vigila el orificio destinado a un tintero extinguido por donde arrojas la goma que recuperas por abajo, entre los cuadernos se deslizan tus dedos, una y otra vez repites la misma operación mientras la maestra habla de esto y lo otro. Estás cayendo, estás cayendo. Sujetas torpemente con unos chinches opacos el editorial del Diario Mural sobre la superficie de corcho mil

veces pinchada por tus manos; tu caligrafía se deja a duras penas entender, hablas ahí de las pruebas nucleares de los franceses en el atolón de Muroroa, la nube radiactiva cerniéndose sobre el continente con su carga de peligros genéticos; más allá unos recortes de diario sobre lo mismo, una composición también tuya sobre el día de los trabajadores "la matanza de obreros en Chicago fue un crimen puesto que ellos solamente buscaban un poco de justicia elemental, un poco de pan para sus hijos", esa frase que te salió de no sé dónde junto a más de una lágrima, ese nudo que nunca alcanza a verse. El mismo nudo que se te hizo cuando dramatizabas ante el curso el final el cuento "Lucero", de Oscar Castro, ese instante en que el arriero - empujado por las circunstancias— debe lanzar su caballo, que es su amigo, su compañero; Rubén Olmos envía a la bestia de un solo empellón inmenso al abismo y se te quiebra la voz y los ojos se te nublan en tanto la sala de clases se ha convertido en un bloque de silencio donde casi nadie respira siquiera, mientras tú vuelves a tu puesto con los ojos medio cerrados para contener esa agua en el límite de los párpador, no ves los ojos enrojecidos de tus compañeros que te palmotean la espalda a la salida. Estás cayendo y oyes el burlitzer de la fuente de soda a la entrada del Liceo: Santana, Favio, Piero, The Beatles; estás tan apegado al cuerpo de una adolescente demasiado pintada, con un perfume que puedes sentir mejor si inclinas tu rostro sobre hombre de ella, la aprietas con suavidad, ella te mira tierna a los ojos, sonriendo, la invitas al patio, algún compañero te hace una señal con la mano empuñada y el pulgar hacia arriba, sientes que te sonrojas, por suerte al penumbra te salva, pero el corazón salta enloquecido ante la inminencia del beso que viene, los labios que se desatan en mensajes húmedos, en mordeduras sutiles que ella -sin duda más experta- va ense-

^{*} Nació en Constitución (1956). Ha publicado el volumen de cuentos "Nada ha terminado" (1984), y la novela "Todo el amor en sus ojos" (1990). En 1986 dio a conocer su antología "Contando el Cuento, Antología de la Joven Narrativa Chilena".

ñándote a ti que nunca antes has besado a nadie y ya ni puedes escuchar los acordes de "Let it Be" porque la tibieza de una lengua te recorre labios, paladar dientes, porque ella te abraza fuerte, fuerte y ya nada, nada importa lo que ocurre fuera de los dos. Caes y llevas puesto un pañuelo que cubre la mitad de tu rostro, sal bajo los ojos y alrededor de la boca, succionas un limón para amortiguar el efecto de los gases lacrimógenos; las bombas caen por todas partes del liceo tomado, arrojas piedras casi a ciegas desde el techo del tercer piso, al lado de tus compañeros estás combatiendo, con rabia tremenda, la rabia que te hace arder cuando recuerdas el callejón oscuro que te obligaron a cruzar en la micro de los carabineros, aún sientes los puñetazos y las patadas bestiales del Grupo Móvil sobre tus pocos años; entonces ya no sientes el ardor en los ojos ni el gas que te ahoga y arrojas con furia las piedras que vuelan hacia el blanco. ¡Ganaste, ganaste, compañero! gritas solo en tu pieza al escuchar los escrutinios finales, solo, porque estás agripado en cama y tus padres y hermanos estarán celebrando en otra parte sin ver las lágrimas que salen ahora de tus ojos sin vergüenza, ríes y lloras enloquecido de alegría. Caes, vas cavendo. Los tanques se desplazan por la ciudad con su lenguaje de fuego y muerte. Los aviones de guerra bombardean el palacio presidencial. Tú, junto a los demás, esperando en un sótano las armas y los soldados patriotas que nunca llegaron; tuviste que irte finalmente, comenzar el peregrinaje por cien calles esos días llenos de pólvora en que no podías regresar a tu casa, en que no supiste nada tu

famila, esos días que se llevaron tantos amigos, ese amigohermanocompañero que se fue entre tus brazos, ese poema que empezarías a escribir desde ese mismo momento, esos versos por los cuales más de alguien te dijo "deberías dedicar más tiempo a escribir", pero tú no, dale con que es más importante la libertad que un millón de poemas, por hermosos que estos fuesen. Vas cayendo y está Cristina frente a ti, Cristina con su mirada llena de dulzura. Cristina que muerde los labios, que te deja marcas en el cuello, en los hombros después de hacer el amor, que se desnuda con esa ternura enorme que se traduce en todos sus movimientos tan únicos, tan suyos, Cristina y ese salvajismo de ambos que se va creciendo hasta quedarse quietitos, extenuados, aún besándose, queriéndose más que antes. Caes, hermano, y puedes ver las copias a mimeógrafo que van saltando en cada vuelta del rodillo, tus manos escribiendo las paredes de la ciudad, tu voz (que no parece la tuya) en el centro de un mitín callejero. Caes, hermano, y aún no hace un minuto que alguien gritaba: "¡Cuidado, cuidado, que andan agentes de civil!" No hace un minuto que estabas en la barricada junto a otros cantando, con el rostro iluminado por las llamas ondulantes, feliz de estar ahí, peleando con tu gente. No hace nada casi que se sintieron los estampidos y comenzaste esta caída lenta lenta lenta lenta donde recuerdas tantas cosas y no sabes por qué, sólo sabes que estás cayendo, no tienes por qué saber la razón de estos recuerdos, compañero, estás cayendo, compañero, sólo eso, cayendo.



Las malas juntas

José Leandro Urbina*

A Grinor Rojo

—No puedo hacer nada por tí— le escuchó decir junto a su oído. Tenía el cuerpo entumecido, desprovisto de sensaciones, y el aliento tibio que le vino con sus palabras fue como un golpe de placer inesperado.

Era el más grande de la pandilla y el más fuerte. Casi siempre definía las batallas a favor de su bando. Si era indio, ganaban los indios. Si le tocaba turno en la caballería norteamericana, la tribu se jodia heroicamente.

Jugaban en el galpón-bodega de la fabrica de su padre, el gordo más rico y bueno del barrio, el burro cargado de plata, comenzó vendiendo en un carrito, era requete-buenmozo, hizo un negocio oscuro, nadie se hace rico de la noche a la mañana, sin embargo no perdió la sencillez; bueno, eso hay que reconocerlo.

Era una pandilla heterogénea: el hijo de la profesora, los dos del chofer de buses, tres de un obrero textil, el del almacenero de la esquina y el de un empleado público. A él le gustaba la pandilla porque se reconocía en superioridad. Lo que ordenaba se cumplía, y si se le pasaba la mano en los interrogatorios, el mayor lo protegía. Es joven todavía y se deja llevar por el ambiente. Aprobó con honores sus cursos en el extranjero. Le falta un poco más de experiencia.

Un día tuvo a un indio colgando por las muñecas casi un cuarto de hora. Su hermano le gritaba que lo bajara y le lanzaba patadas que él respondía tomándolo por el cuello con el brazo muy estirado, manejándolo como a un pelele rabioso. El indio colgaba de la enfierradura del galpón, llorando de puro mari-

ca porque la soga es gruesa. Le ponían una pistola en el ombligo tenso, para que no te metas con la caballería norteamericana. cuando escuchó que le crujían los huesos, se asustó y mandó bajarlo. El indio cabeceaba. como una gallina moribunda, entre mocos y sollozos. Lo invitó a comer a él y a su hermano. Era un juego más. Comieron en la cocina. De postre les dio torta de chocolate, pero el indio se quejaba entre cucharada y cuhcarada, se sobajeaba los hombros y los brazos y las muñecas amoratadas. Debe estar resfriado este niño, dijo la sirvienta. Te duelen los hombros. Su hermano miraba asustado. Tiene mucho moco, y le dio un par de aspirinas con jugo de limón. Después fueron a ver televisión y se olvidaron. Tenía sed, pero no se puede tomar agua en estas circunstancias, es lo peor. No, una cocacola como ésa que aparece en la tele. La sirvienta les subio una botella familiar, Se reía al verlos en la oscuridad, con la boca abierta, mirando la pantalla. No están acostumbrados. Si dicen algo se van de la pandilla por maricones, hay que ser bien hombres o si no jugar a las muñecas. La puerta se cerró de un golpe. Reconoció inmediatamente su voz delgada. Siempre había sentido vergüenza de su voz. creía al principio que era cosa de esperar porque la estaba cambiando, pero había cruzado los quince y todavía era un pito que se destapaba.

El indio pasó dos días en cama quejándose. Se resfrió, decía su madre. Ni él ni su hermano dijeron nada. Por qué no hablas, así terminamos con esto. Habla habla, habla. El

^{*} Nació en Santiago (1949). En 1986 publicó su libro "Las Malas Juntas". Trabaja como guionista cinematográfico, y actualmente reside en Canadá.

otro no lo reconoció porque venia encapuchado. Cuando jugaban al llanero solitario, él hacía de Toro. Por lo menos durante un mes, como reconocimiento a su silencio, fueron la pareja de imbatibles justicieros. También se hicieron un poco amigos, y como estaban en el mismo colegio, se iban juntos en la mañana. Cuando tenía dieciseis años, el gordo compró casa en Viña del Mar, Las hijas están grandes y quiere casarlas bien. Demasiado tiempo en este barrio y en las monjas, no tienen ambiente. Allá en el balneario se irán a relacionar. Hay gente elegante. Nada de tonto el gordo. Huele donde está el billete. ¿Y por qué no?

Nunca fuiste tonto, comprendías muy bien tu situación. No seas tonto ahora, no te hagas el héroe. No es que trate de aparentar demasiado, lo que pasa es que nunca supe conquistar a una mujer. Me cuesta tratarlas, será que son del barrio y uno las conoce desde niñas. Hablaban durante horas junto a la mesita de cristal del jardín, con los libros de matemáticas abiertos frente a ellos. El pistón giraba, disparando un abanico de agua que refrescaba el aire y el pasto del prado. Habla, indio, habla. Tú que lees novelas, ¿qué se les dice a las mujeres? Habla, habla. A él se le perdía la mirada entre los rosales, la textura de los pétalos y el verde de las espinas. Se le llenaban, de súbito los ojos de lágrimas. ¿Qué es la poesía? dices, mientras clavas en mi pupila tu pupila azul. Después contaba las aventuras de Julián Sorel en Rojo y Negro. Hay muchas pruebas, todo te condena. Habla indio, no seas maricón.

Después del segundo verano en Viña, dejaron de verse. Había amigos nuevos que lle gaban en auto al barrio. Las fiestas de la pandilla le aburrían. Las chiquillas no eran muy bonitas. Sí, en un tiempo le habían gustado, pero tienes que reconocer que las de Provincia son mejores. Tienes que reconocerlo. A él le gustaba lnés con locura, no había mujer más linda. El otro también habíaKgSENTRY!CPS#A1B2LPMr-a, pero él la conquistó. "Ay, mi morena, por mí no llores", y se casaron. Qué locura es ésta, esos labios, esos pechitos.

Era la mañana de un día gris y frío. Cruzaron el puente hacia la estación de ferrocarriles. El Mapocho venía crecidito y turbio. Traía una

maleta en la mano. Se había afeitado perfectamente y se había peinado con agua y un poco de jugo de limón. Una brisa que venía de la cordillera le acariciaba la piel irritada de la cara.

Durante un año hizo pesas en el gimnasio del Club Español, y daba uno puñetazos en el pecho que cortaban la respiración. Habla indio. Empujó hacia abajo el diafragma tragando aire por la boca y por las narices. Hijo de puta. No lo pongas en esos términos, tú sabes que no es nada personal. Piensa en Inesita y en tu hijo, qué les vamos a decir. estaban parados junto a la baranda en el segundo piso del colegio. El sol le entrecerraba los ojos. Hacia mucho que no hablaban. ¿Qué piensas hacer ahora que esto termina? Voy a postular a la Universidad. Crei que trabajarías. Quiero estudiar. Pero no andan muy bien de plata, ¿no? Voy a dar el examen. Mi papá dijo que si querias trabajar con él. Dile que si es por el verano se lo agradezco. El otro día los embargaron, ¿no? La gente de impuestos, ¿no? La situación no está buena, ¿no? Habla indio, habla. Y tú. No, yo lo reconozco, no estoy preparado y no quiero fracasar, no quiero hacer el rídiculo de intentarlo y fracasar. Quiero ser ingeniero. Si en la Escuela Militar hay carrera de ingeniería. No te veo con uniforme. La verdad es que pensé que era diferente, no me gusta, son unos imbéciles, creo que voy a retirarme. Quiero irme.

La mamá lo tomó de la mano y lo alejó del barandal del puente. Enfrentaron un semáforo ro rojo y luego atravesaron el patio de taxis. La estación abovedada y sucia le produjo una extraña sensación de peligro. Apretó la mano de su madre mientras la cúpula de hierro y vidrio le cubría la cabeza. Pensó en Inés sin angustia.es lindo viajar, conocer lugares nuevos, otro cielo, gente nueva, pero da un poco de miedo también. La estación estaba semivacía. Los tacos de sus botas de suela golpeaban las baldosas y resonaban en las grandes paredes, los rincones y el techo.

El había dicho: Soy yo, el indio, ¿no me recuerdas? Entonces se produjo un silencio. De primera logró desorientarlo, momentos después otra vez comenzaba el interrogatorio. El se afirmó en la idea de que lo había

Poetas Chilenos nacidos en los cincuenta

José Paredes*

I. La tradición y vanguardia vienen siendo en la poesía contenporánea chilena un paradigma, que generación tras generación se renueva, dando fe de ese modo al aserto de que la actual poesía se funde con la gran poesía clásica chilena en su calidad, en su transformación, en su particularidad; y en y por su continuidad tiene el alto sitial que se le reconoce tanto dentro como fuera del país.

Para que los actuales poetas tengan la vigencia que en el presente, existieron los movimientos innovadores de la poesía contemporánea: modernismo, creacionismo, simbolismo, surrealismo; la antipoesía. Junto a Mistral, Neruda, Huidobro, De Rokha ("Los cuatro grandes de la poesía chilena"), hay varios poetas que deben ser más a fondo estudiados —de los ya fallecidos, Pedro Prado, Rosamel del Valle, Enrique Lihn, Humberto Díaz,-Casanueva (otro de los grandes). De los aún vivos Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier, Oscar Hahn, Gonzálo Millán.

Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), el primer gran poeta contemporáneo de Chile, trasgresor de la forma y contenido de la poesía de fines del siglo XIX y principios del siglo XX chilena, muerto a los 29 años, y que legó a la literatura nacional poesía de un valor sii gular; y sin lugar a dudas en la obra de él está la fuente de la antipoesía. La influencia de su poesía es reconocible en varios de los más importantes poetas chilenos. No deja de ser curioso, sin embargo, que los estudiosos de la antipoesía, tanto chilenos como extranjeros, desconozcan u olviden la obra poética de Pezoa Véliz, sobre todo en lo que tiene relación con el movimiento antipoético revelado por Nicanor Parra.

II. La 'generación' poética aquí antologada está signada —como toda la sociedad chilena— por la tragedia que se inicia el once de septiembre de 1973, el golpe de estado, que trastornó la vida de la nación toda; al presente, aún vivimos sus secuelas. Uno de los tantos latrocinios que marcó a

fuego nuestros adolescentes años, en aquellos primeros tiempos de los bárbaros, fue la quema de libros realizada por la soldadesca en las calles de Santiago, ese humo se unió— nuestros ojos abismados ante las noticias de la T.V.— a la hoguera que era el Palacio de La Moneda, la inmolación del Presidente, la muerte de la democracia y la esperanza, andábamos en la frontera de los veinte años.

'Ibamos a otra parte' y el norte nos lo cambiaron a sangre y fuego con la abyección que conocemos; varios vivieron persecución directa ya en cárceles, en campos de concentración o expulsados de la universidad, la próxima poesía chilena también en expiación. No está demás recordar que los años en que se gestó el hacer poético de los antologados no eran tiempos fáciles -es bueno que la memoria no lo olvide-, la hez asentaba dominio en todo el territorio; y no fueron 'palomas' los 'vencedores', sabían perfectamente la metodología a utilizar para someternos a sus designios -¿terrorismo de estado?-, y no tuvieron reparos. Más, desde las tinieblas nacemos al Poema sin embargo: aquel Verbo fue Ave Rock, nos hizo Ave Fénix desde el fuego, sobrevivimos.

III. Por medio de "Desde el fuego" doy cuenta de un tiempo poético acotado de la poesía chilena actual, y está de este modo trabajando por una razón metodológica, nada más que por eso; y no es porque ésta sea una generación con claros rasgos identificatorios, como se entiende una 'generación literaria' a nivel de estudiosos. Lo que podría identificar a los poetas selectos aquí, es el haber vivido en dictadura la mayor parte de sus años de gestación y maduración poética; y esa experiencia tanática palpita en cada poema: en unos en forma descarnada; en otros, sugerida. De un modo o de otro el estigma va en nosotros como si fuera nuestra sombra.

Chile fue atrapado por la tragedia; los artistas por

^{* (}Chile, 1951). Escritor; Profesor de Castellano; Editor. Ha publicado: Roja tus Bocas; Cuento, 1982. Autos de Fe; Poemas, 1983.
Para Nunca Olvidar; Cuentos, 1985. La Separación de los Amantes; Poemas, 1990. Los Elegidos; Novela, 1990.

P O E T A S C H I L E N O S



cierto tembién fueron alcanzados por el fuego que destruye; y en particular, el duelo llegó al ruedo de los poetas: Dos de nuestros pares murieron, uno en 1980, otrro en 1981; ya tenían en el medio reconocimiento a su obra, y de no mediar la 'señora muerte' estarían en un alto lugar en la poesía; sólo nos queda parte de su obra publicada en un libro póstumo: Armando Rubio (1955-1980) con "Ciudadano" (Santiago, 1983; Ediciones Minga); Rodrigo Lira (1949.1981) con "Proyecto de Obras Completas" (Santiago, 1984; Ediciones Minga).

Si sobrevivimos —una de las causas para que ello aconteciera- fue por el alto grado de 'instintos de vida' que resurgió en nosotros: talleres literarios, revistas literarias, agrupaciones de escritores jóvenes, ediciones de hojas de poesía, ediciones de panfletos; lecturas en actos culturales, en movilizaciones políticas, en los entierros, en las huelgas de hambre, en los paros universitarios, en las poblaciones, en las parroquias. De que luchamos 'contra la muerte' con todas las herramientas que tuvimos a mano no lo olvidamos, las pruebas están al canto: en nuestras ediciones de libros y autoediciones (Ganymedes; Sinfronteras), en nuestras revistas (La Gota Pura, Andamio, La Castaña, El Organillo, La Bicicleta, Obsidiana, Poesía Diaria y muchas otras); en nuestras agrupaciones culturales (La Agrupación Cultural Universitaria, ACUA; la Agrupación Kultural Autónoma, AKA; la Unión de Escritores Jóvenes, UEJ; el Colectivo de Escritores Jóvenes, CEJ; el Colectivo de Acciones de Arte, CADA; y otras.

IV. La poesía contemporánea chilena goza de buena salud; las generaciones que anteceden a la nuestra han dejado alta vara a las por venir. Hay nombres notables y señeres; unos, han trascendidó más allá de la muerte física y otros, como bendición aún vivos, la enumeración es larga, pero es necesario traer nombres al papel: (Fallecidos) Carlos de Rokha, Rolando Cárdenas, Victoriano Vicario, Romeo Murga, Téofilo Cid, Domingo Gómez Rojas, Oscar Castro, Winnet de Rokha, Gustavo Ossorio, Alfonso Alcalde, Mahfud Massis, Juan Luis Martínez, Eduardo Anguita, Alberto Rubio, Stella Díaz Varín, Alicia Galaz-Welden, Eugenia Echeverría, Juvencio Valle, Enrique Gómez Correa, Efraín Darquero, Manuel Silva Acevedo, Armando Uribe, Luis Mizón, Sergio Macías, Miguel Arteche, Omar Lara, Enrique Volpe, Pedro Lastra, David Rosenmann Taub, ellos y otros más, todavía con nosotros.

V: La presente muestra de poesía de poetas nacidos en los años cincuenta hace tangible que la poesía no ha perdido continuidad; y por cierto, los poetas en Chile no son una especie en extinción, como asevera Jorge Teillier en su última entrevista en la revista de libros de El Mercurio del 8 de mayo de 1994, las pruebas están al canto en los poemas selectos de cada uno de los antologados. Tradición, vanguardia, continuidad; todo ello confluye al gran río de la poesía chilena pasada, presente y en la por venir: la influencia clásica chilena y la clásica universal; para que existan los actuales, hubo los anteriores y de ese modo sucesivamente, nada en el arte es producto de una mutación perpetua; es verdad que "el desierto le va a ganar al bosque" Teillier dixit, al bosque por la depredación que el hombre hace día a día; más al bosque de la poesía no, porque ésta tiene muchos y variados manantiales; y otros que nacen.

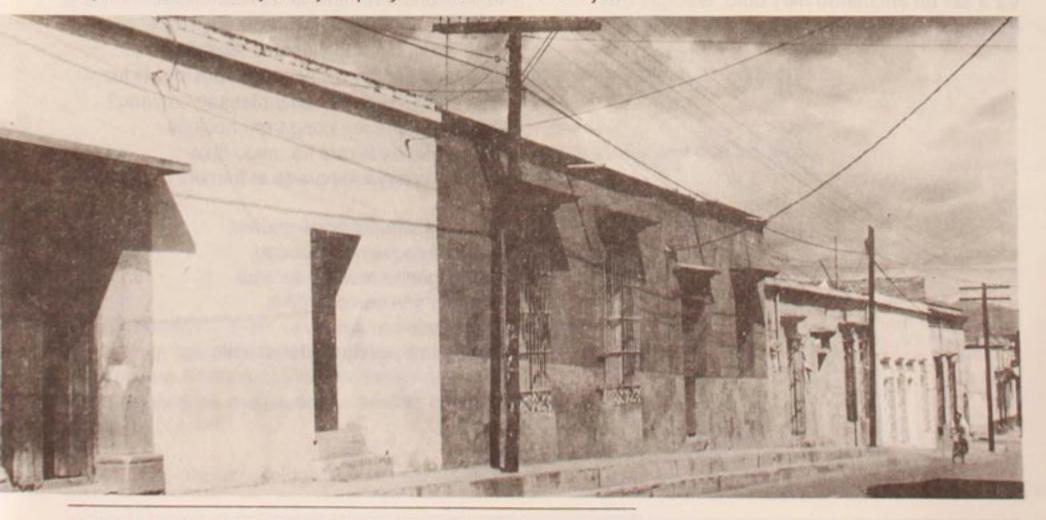
Santiago de Chile, 17 de junio de 1994.

Descripción de acto penitencial

Carlos Cociña*

En un cubo de madera, de vidrio, de plástico, de aluminio, de espejo, de laser, con capacidad para más de un par de manos.
Reflejo los ojos, y no son mis ojos que miran el cubo, y coloco mis manos, y hay otras manos que empiezan a desarmar las formas geométricas, para poner el matiz de la mirada, o el roce de la piel sucia de dedos que se han ocupado.

No son sólo mis manos, son otras miradas las que se abren, las que inundan este reducto, este cubo donde las manos van marcando sus pulgares, y las huellas no son las mismas, y las miradas se abren ante la sorpresa de otros rostros, otra piel que no amedentra y tiene aristas particulares, y tiene las marcas de las manos que se juntan y las miradas que pueden mirar otras manos, otras frentes, otros rostros, las otras pieles que ocupan el especio, el cubo que en la materia, escoge la piel para mirar y rozar y tocar y juntar y ver la piel que tiene otras aristas y no es brillante y no es lisa. La piel de las manos y los ojos que ya no son los únicos ojos.



^{*} Carlos Cociña (nac. 1950): "Aguas Servidas" 1981; "Tres Canciones" 1993.

Dolce Cuore

A este dejámelo a mi Velázquez

Diego Maquieira*

Pero te advierto una cosa, Mister Sotana Le vamos a poner más color al gallinero Y te voy a dar bien de comer esta noche

Yo, la más Peckinpah de este Convento

Te la estoy dando a pedir de boca Pero no como carne a los leones Sino como carroña a los cuervos

Te pondré la otra mejilla y mucho más: Haré todo los arreglos Para que no perdamos contacto A lo largo de la Historia

Después te arreglaré el más intenso paisaje Que tú escojas a la entrada del infierno Ahí estaré esperándote con mis fiestas Con mi estrella brutal encendida como faro Y con mis Sea-Harrier que te escoltarán Rodeados de ángeles hasta mi carpa

Va a ser un encuentro muy duro, Georgie Boy Pero nos van a sobrar las llamas

Lecturas negras

Ricardo III, Charles Manson Ludovico el Moro, Zapata. Mis amores inmisericordes Y más malos que la sangre. Mis superhéroes de la cultura Que tanto amé y admiré.

Los drugos que echaron por tierra Nuestra noble ilusión de la raza: El hombre no era un noble salvaje Sino un salvaje innoble, muy lejos de la mentira romántica de Rousseau.

¿Me están oyendo filósofos religiosos
Hombres santos desconcentrados por la luz
Que contemplan el mar y piensan cruzarlo?
Perdonen que me ponga tan hocicón
Pero ¿qué es lo que ha unido Dios
Que no la haya separado el hombre?

Estamos saturados de sueños Y hambreados de saciedad. Pero algunas mentes de aqui Todavía son como el cáliz: Ellas viven tan arriba Que bien pueden olvidar el valle.

^{*} Diego Maquieira (Nac. 1951): "La Tirana" 1983; "Poemas del Anticipo" 1985, "Los Sea Harrier" 1993.

Las playas de Chile V

Raúl Zurita*

Chile no encontró un solo justo en sus playas apedreados nadie pudo lavarse las manos de estas heridas

Porque apedreados nadie encontró un solo justo en esas playas sino las heridas de la patria abiertas llagadas como si ellas mismas les cerraran con sus sombras los ojos

- Aferrado a las cuademas se vio besándose a sí mismo
- ii. Nunca nadie escuchó ruego más ardiente que el de sus labios estrujándose contra sus brazos
- iii. Nunca alguien vio abismos más profundos que las marcas de sus propios dientes en los brazos convulso como si quisiera devorarse a sí mismo en esa desesperada

Porque apedreado Chile no encontró un solo justo en sus playas sino las sombras de ellos mismos flotando sobre el aire de muerte como si en este mundo no hubiera nadie que los pudiera revivir ante sus ojos

- iv. Pero sus heridas podrían ser el justo de las playas de Chile
- v. Nosotros seríamos entonces la playa que les alzó un justo desde sus heridas
- vi. Sólo allí todos los habitantes de Chile se habrían hecho uno hasta ser ellos el justo que golpearon tumefactos esperándose en la playa

Donde apedrado Chile se vio a sí mismo recibirse como un justo en sus playas para que nosotros fuésemos allí las piedras que al aire lanzamos enfermos yacentes limpiándonos las manos de las heridas abiertas de mi patria.

^{*} Raúl Zurita (Nac. 1951): "Purgatorio" 1978; "Anteparalso" 1983; "Canto a su amor desaparecido" 1985; "El amor de Chile" 1957.

La cuerda floja

Maha Vial*

1

Anduve destripándome
toda una tarde
Hacia días que no sabía de ti
ni de eso que llamas conglomerado visceral
torturante y ajeno.
Pongo los pies sobre la cabeza
(dirán que me niego a ser yo)
De pronto
descubro que estás arriba
en otra esfera
a punto del olvido
o a punto olvido.

2

Somos dos en la floja
Ambos en los extremos
El circo aparece a oscuras
pero tú y yo iluminados por una gracia
macabra
Nos gritan fuerza desde abajo
nos gritan paciencia

resistencia (¿o resignación?) Dos en la cuerda y aquí te amo

extremo mío.

Te convido a un pastel de avellanas cuando todo haya pasado cuando seamos ausencia como Gardel y Elvis Presley

18

He contado mis secretos mis trizados fantasmas. No logro tu sonrisa ni una media hojarasca de burla.

Amado

caminemos hacia la céntrica noche Para qué insistir en la desesperación en el atolondrado bullicio humano en las mauseres que nos cruzan o en la manejada ideología de los expertos en cadáveres

Ven

acerquémonos de frente boca a boca vulva a falo corazón a corazón tengo una infancia que mostrarte.

^{*} Maha Vial (Nac. 1952): "La Cuerda Floja" 1985.

Nadie ama a nadie

Leonora Vicuña*

A Martine David, en esta Lyon desencantada.

Nadie nos ama Martine. Nadie ama a nadie. Y tú sueñas con una muerte infantil. un entierro en que todos te lloran cuando viajas en trenes de bruma en esta Francia de la soledad y la soledad. Yo te digo que una vez tal vez amamos cuando en la noche se enciende la brasa parpadeante de los sueños

como un tejido de agua y viento o cuando algún desconocido sonriendo sobre el puente alumbra con una mano transparente y abierta todo el cielo que nos desborda

Triste vivir en las ciudades Martine. Triste el futuro deshilachando lentamente nuestras cabelleras.

Y saber que no hubo más libertad que la imaginaría ni más amor que el de los cuentos de la infancia.

Soledad y soledad. Oficio de silencio.

Masticar estas horas duras como panes quemándose sobre un mantel desierto. Y la loca manía de mañanas diferentes. Y la sed invisible de Aventura y Vida.

¿Qué hacer?

¿Seguir de viaje con los brazos cargados de sueños zurciendo pesadillas que nos ciegan diariamente? ¿Bajarse en alguna estación sin tiempo?

¿Desandar lo vivido?

¿O continuar con la tenue esperanza de otro cielo, otros rostros

otras claridades?



Leonora Vicuña (Nac. 1950); Inédita.

La peana

Eduardo Correa*

El único rasgo identificable. Carl Orff. Carmina Burana Sicilia 1930. New York 1965. Fuma un habano Havanah Slim. Mira el puente de Brooklyn. Las luces y su reflejo, gran reflejo en el espejo del agua. Salvatori in Wonderland. Los coros como aparecidos desde alguna profundidad. Convivencia cósmica con su figura. Resultado general: Pasea por el Malecón, Salvatori y sus latinos amigos, del Latio, Negritos, morochos pequeños. Así fundan la historia de una mirada fundando la mirada de la historia. Aquí habitaron las lésbicas mejores, las portadoras del recuerdo, Madonnas estructurantes y solícitas señoras de tantas cabezas, a las que nada satisface. Las damas de este cuento tenían —tendrán— nombres tan hermosos; Adela, deseable a partir seguramente de su ausencia, voluptuosa coincidencia con nuestro Eros Selena, la de dulce mirada incordada de deseos desengaño angelical con que le había

marcado la vida Leit motiv ¿cuál? Morir así en este desamparo.

Todas tenían historias tan cruentas. Buscaban tesoros con las miradas. Alguien les dijo: Así son los sueños Olor a respiro de los ángeles. ¿hasta dónde celebra este Invierno tan largas vísperas? Se acaba el siglo esta misma mañana. El tiempo se va rodando sin imperios en esta celebración magistral de la similitud. La reina de los espejos, deja su nombre. Salvatori, salvado de las mareas, de los naufragios de las dentelladas de la noche. La noche más noche que ésta. La cantaba en lenguas extrañas, la pasaba de labio en labio. Peana, indecisa tensión de la conjunción de misterios,

las palabras escondiéndose siempre.

Verde páramo de oquedades tampoco resueltas.

^{*} Eduardo Correa (Nac. 1953): "Bar Paradise" 1985; "Márgenes de la Princesa Errante" 1991; "Epistola Fundamental a Leonora de Auitania" 1991.

El ataúd deforme

Clemente Riedemann*

Sueño curioso el que sufrí anoche. Este de la derecha es el nicho de mi padre. Aquí está su mármol que le acredita como cadáver en pena. Y ésta de la izquierda, Sueño curioso el que sufri anoche! es mi propio ataúd: aquí está mi lápida con apellidos y con fechas. Me resisto a creer en semejante payasada y de un solemne tirón arranco del concreto mi yacija. Cuando el polvo cesa ¡Sueño curioso el que sufrí anoche! la tapa superior (porque tienen seis estos cajones) se retuerce un poco y puedo distinguir el color de mi zapatos. En la suela, un papel; el nombre del asesino y el precio por arrojarme sin asco al precipicio.



^{*} Clemente Riedemann (Nac. 1953): "Karra Mawn" 1984; "Primer Arqueo" 1990.

Visión

Alvaro Ruiz*

Distintas voces atraviesan la llanura cuando tarde el sol desaparece entre las violáceas nubes del horizonte. Nada queda del transcurso de los días en esta incorpórea sensación de imagen y abandono. Oh tierra que alojas a las víctimas del silencio Levanto los brazos y las manos y nada comprendo Somos embarcaciones sin rumbo contra el oleaje de este canto. Yo a veces recuerdo días similares con otro rostro en otro espejo. Piso la tierra y piso a los muertos sin saber que quizás ellos las cifras elevaron. Arde la noche en el parpadeo de las hogueras y cerca fulguran los astros. Mañana la luz iluminará este estadio y yo ya no veré. El dictamen cruza los cielos y horada esta tierra pálida y enferma.

Mis amigos los muertos

Ocurre que cuando atardece enciendo dos cirios con ellos recorro la casa donde cada cierta distancia saludo a todos mis amigos los muertos y ellos responden agitando en sus manos luminosas linternas se inclinan levemente y con hidalgas venias levantan sus sombreros oh augustos mensajeros son ellos mis amigos los muertos a veces traen flores secas con las que adorno esta extraña morada traen cestas colmadas de frutos que no recuerdo

^{*} Alvaro Ruiz(Nac. 1954): "Dieciocho Poemas" 1977; "A orillas del canal" 1982: "Es tu cielo azulado" 1989; "Casa de barro" 1991.

Apuntes

Aristóteles España*

Me fotografían en un galpón como a un objeto, uno, dos, tres veces, de perfil, de frente, confeccionan mi ficha con esmero; "soltero, estudiante, 17 años, peligroso para la Seguridad del Estado". Miran de reojo: Quieren mis huellas las dactilares. Un sudor helado inunda mis mejillas. No he comido Creo que hay una tormenta. Me engrillan nuevamente. Tengo náuseas. Empiezo a ver que todo gira a mil kilómetros por hora. Se estrellan sus puños en mis oídos. Caigo. Grito de dolor. Voy a chocar con una montaña. Pero no es una montaña. Sino barro y puntapiés, y un ruido intermitente que se mete en mi cerebro Hasta la inconciencia.

Engranajes

Este miércoles se le agotaron las pilas al firmamento. octubre moja su cola entre las olas, Pablo Neruda ha muerto, el tiempo se deshace en las literas. seguramente continuan los fusilamientos, pasado mañana cumplo dieciocho años, América es un torbellino, volverán los yanquis, nos mantienen en una constante incertidumbre frecuentemente nos visita un sacerdote, anoche soñé que bailaba un tango en la penumbra. ¿Cómo será el rostro de los torturadores? las ampolletas de la barraca están encendidas, se apagan las luces, la alegría y la libertad deben ser como dos muchachas bonitas.

^{*} Aristóteles España (Nac. 1955): "La guitarra de mis sueños" 1976; "Incendio en el silencio" 1978; "Dawson" 1984; "Contra la co-rriente y otros poemas" 1989.

La mujer tierra

Alexis Figueroa*

La mujer tierra. La mujer Nazca. Una mujer.

La muralla china es un ojo en la cara, Las líneas de Nazca un tajo en el vientre. El aire es líquido amniótico. El cuerpo es visible desde la altura.

Las luces de las ciudades son por la noche: cuentas brillantes de cuarzo transparente enhebradas en un collar dando la vuelta al cuello.

Nada se distingue más alla de los cien mil kilómetros.

Pero si descendemos, Detrás del ojo está el cuerpo, detrás del tajo está el vientre, adentro del aire, la gente.

Las ciudades no son cuentas de cuarzo si bajamos más.

La muralla china es la muralla china.
Un ojo en la cara es un ojo en la cara.
Las líneas de Nazca son las líneas de Nazca.
Un tajo en el vientre es un tajo en el vientre,
el aire es el aire, la piel es la piel.

Y el líquido amniótico: la atmósfera en que nacemos de nuevo a cada instante.

El cuerpo es como observado en cámara lenta, en película porno, ofrecido desnudo, abierto amarrado.

(las formas de la comunicación son pantallas de proyección de los cuerpos, desde los espacios, desde las alturas).

Aunque si bajamos más: el cuerpo está amoblado "para los ojos y en venta".



^{*} Alexis Figueroa (Nac. 1956); "Virgenes del sol inn cabaret" 1986; "Hot Gatubella" 1987.

Las utopías son putas de miedo

Tomás Harris*

No a las damas, amor, nos habían dicho, cuando en una noche al centro del valle, en un sueño de perro, se nos apareció el amor perfecto: calzaba sandalias rojas de plástico transparente, toda ella iba mojada, el pelo libre de caer sobre la túnica magenta que se le pegaba a las tetitas de perra joven: olía a sal, a transparencia, a imaginación, a homacinas, a trébol de cuatro hojas; dos aros de oro puro terminados en una perla pequeñita y perfecta la perforaban por los lóbulos; nosotros hicimos una cola, una larga e inacabable cola donde ninguno acabó nunca, yo le mamaba los pezones por sobre la bambula magenta de la túnica: al final, la sentíamos por dentro, por aquí, en el bajo vientre, toquen, nadando como un pez fosforescente en una redoma demasiado pequeña para sus ganas; pero nosotros sabíamos que las utopías son putas de miedo,

algo había que hacer para ahuyentarla;

- No tenemos patria, ciudadana, le gemimos,
 somos unos hijos de putas abiertos en el aire,
- somos Nadie gritando Nadie nos ataca:
- ámenme un poquito más —susurró la puta hasta que acaben en mis sábanas; pero nosotros sabíamos que eso era paso más

la muerte,
oscura esta muerte y lenta,
la india cruel se nos iba abriendo
como fauce,
la muy magenta,
la pringosa,
fétida a sal, oro,
a transparencia,
a horno
a trébol de cuatro ojos penetrantes, quemados:
—ámenme un poquito más— gruñía,
mientras la noche no acababa,

la noche nunca acababa

^{*} Tomás Harris (Nac. 1956): "Zonas de peligro" 1985; "Diario de navegación" 1986; "El último viaje" 1987; "Alguien que sueña madame" 1987; "Cipango" 1992; "Noche de brujas" 1993.

Rogativa para el arrepentimiento de Armando Rubio

Eduardo Llanos*

"TRAGICA MUERTE DE JOVEN POETA CAYO DESDE UN SEXTO PISO, FALLECIENDO INSTANTANEAMENTE"

Armando, donde quiera que estés, reflexiona un momento, un minuto siquiera,

y luego ve al diario a desmentir esa noticia.

Estás en tu derecho. No podrían negártelo.

Diles que es un alcance de nombres, que tú estás perfectamente vivo, como siempre, que incluso ya va a aparecer tu primer libro. Convéncelos de que el error hay que aclararlo, que tú sigues siendo el mismo: pálido, delgado, incluso distraído, pero vivo, vivo como cualquiera de los que aquí quedamos.

Si quieres te acompaño y te ayudo a persuadirlos.

Vamos, hombre.
depongamos todas nuestras diferencias.
Juntémonos de nuevo en mi oficina
("La Trinchera Literaria", como tú la llamabas)
Sentémonos sobre el pasto del Pedagógico,
conversemos como entonces donde a ti se te ocurra

No puedes fallar ahora, Armando, no puedes irte así, inédito y tan joven. Nuestra generación será sólo un aborto, una marcha forzada hacia ningúna parte, una caravana de sonámbulos y mudos.

Meditalo seriamente, Armando, y luego ve al diario a desmentir esa noticia.



^{*} Eduardo Llanos (Nac. 1956); "Contradiccionario" 1983.

Nadie ha muerto

Esteban Navarro*

A Diego Muñoz E.

Nadie ha muerto en casa, madre mía Los árboles crecen contra el otoño Al fondo del patio Los árboles se cargan de pájaros que anidan la ternura entre sus alas Y si los pájaros no están Si las flores se han volado El amor irá a buscarlos Y la casa la habitará la vida.

Nadie ha muerto en casa, hermano mío
El viento no deshoja los libros
El viento de repente escribe un cuento
Y llegan trenes que traen el sur
Hasta tu puerta
Pero si el silencio estremece las ventanas
Y el frío parte en dos el sueño
El amor vendrá a llenarlos
Y la casa la habitará la vida.



^{*} Esteban Navarro (Nac. 1956): "Poemas desde Chile" 1981; "Para matar este tiempo" 1983; "Mal de ojo" 1991; "La manzana de oro" 1993.

Canto III

José María Memet*

Viejos tangueros se sumen en el vino y el vino se los lleva a viejos sueños mientras la sed llama a la vida. Alguien ríe, otro bosteza y la copa precipítase en la boca inundando la garganta en turbio dejo.

Días donde el brazo en la cintura era el amor, ya son pasado.
Faldas ya roidas llevan cuerpos de muchachas y hay bocas y pezones que se ansían.
Hoy los labios son terribles, ya no muerden, y las medias que en los muslos fueron carne se nos quedan en las manos, hechas sombra sobre el blanco de esos huesos.

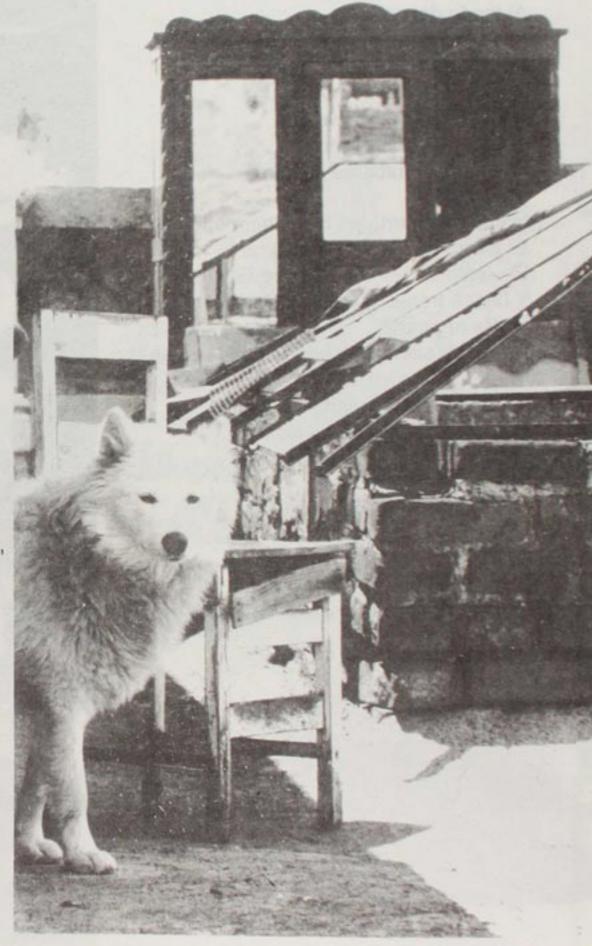
y la humedad toca a los muertos, los apaña.

Miseria, canto, pueblo, en la mesa donde bebes.

Pende el cuello a la botella y en su interior
ya no hay mensaje, sólo signos y derrotas.

Olas gigantescas abrazan y no sueltan
el casco carcomido de una nave atemporal.

Mas, los que aquí viajan, saben, se repiten
a sí mismos: ¡roqueríos sólo hay en la expresión!,
mudos siguen viaje al puerto de la nada.



^{*} José María Memet (Nac. 1957): "Bajo amenaza" 1979; "Cualquiera de nosotros" 1980; "Los gestos de otra vida" 1985; "Canto de gallos al amanecer" 1986; "La casa de la ficción y otros poemas" 1988.

Apuntes para una carta a tamure

Elicura Chihuailaf*

1

Pequeños papeles se acumulan en mi morral ¿Dirás que no me acuerdo de ti?

2

Frontera, huella: cruzo la cordillera
Es la cima la inmensa soledad
donde el hombre llora
Allí no hay pájaros que canten
sólo los ríos
y sol ni la luna veo detrás de los coigües
Ay, no podré alcanzar su misterio
(la profundidad de sus aguas)
Entristezco; pero la memoria de los
antepasados
me dice que soy parte de ese canto

3

Pienso en ti
Despiden su aroma los ulmos
y los recuerdos galopan
en el cielo del Este
Recostado silbo una canción
antigua
¿O es el viento?

4

El puelche bajando va entre los bosques que le dicen adiós con sus pequeños pañuelos verdes Contigo voy, le digo y me dejo envolver por su amable vestido



^{*} Elicura Chihuailaf (Nac. 1956): "En el país de la memoria" 1988; "El invierno, su imagen y otros poemas" 1991.

5

Se me enreda el tiempo en los vegetales No fui a Walpalkura ni a Kuralwe ni a Retrukura. Pewen alado soy levantándome sobre este hermosa roca

6

Laureles, robles, raulíes, lengas radales, avellanos, cipreses, mañíos tepas, lingues, alerces, ñirres aliwenkura. Arboles, árboles que estuvieron y no estuvieron entre sus raíces el canelo sagrado crece:

No serán añoranza en mi corazón sangrante

7

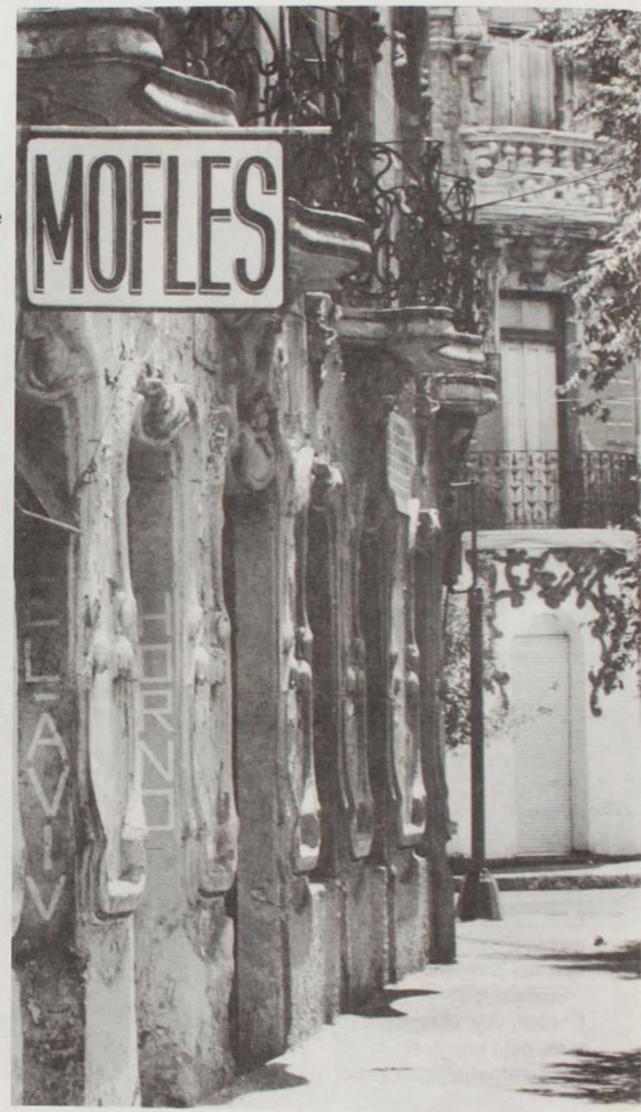
En las mojadas piedras de los ríos por fin la luna brilla Y la brisa y tu recuerdo me purifican como si fueran las matinales tibias aguas de Año Nuevo

8

Demasiada formalidad en unas Demasiada tristeza en otras Medito mientras comparto silencio, pan y mate con mis hermanos pampas (cerca del Aluminé) Noche de septiembre

9

¡Ya! cóndores venidos de sol: despierten Es hora de soñar taiüles.

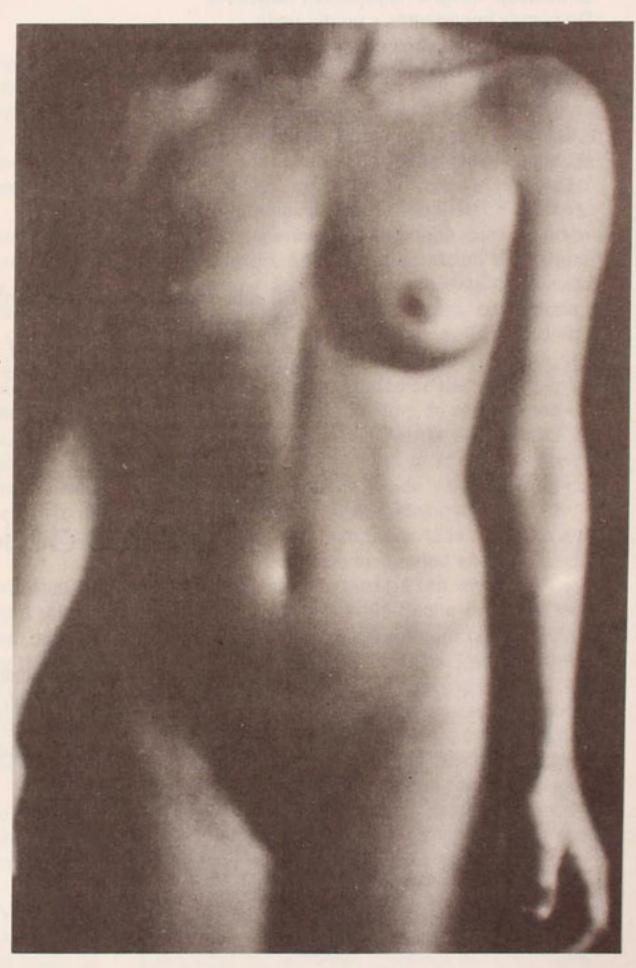


Caballos locos

Jesús Cobo

Corrían los caballos hacia su perdición; si generosos o desesperanzados, ¿quién conoce la dirección de las palabras? Corrian los caballos, inquietos, sudorosos, sin ilusión y, al parecer, sin miedo, una mueca apenas el galope, cascos que fueron huellas de dolor. Corrían los caballos ilusos, tal vez locos o extrañamente sabios, y un hombre, de cierta edad, miraba su carrera sin angustia: aquellos caballos se precipitaban, rompían cadenas de dolor (el lastre de la vergüenza), un hombre comprendía, miraba hundirse aquel tropel, acabarse velozmente el tesón: ímpetu en celo, los caballos perdían ritmo, lanzaban un griterio final. Y, tras la muerte,

Y, tras la muerte, el descanso del aire.



Terreno de costa

Alfredo Lavergne

El mensaje riesgos negociación catástrofe De sumas importantes y un día partir A comunicar nuestros errores a los jóvenes Que avanzan estrictamente sus experiencias.

Eco-Real

En esta ciudad numerosos humanos Sol violín nostalgia Y el polvo que realizo Más allá Del horizonte de este mar-mayor.

Límites de la indagación

a/André Perron

La naturaleza se esfuerza descubre Ante tus ojos abiertos Poemas y no libres sensibilidades A tacto la autenticidad de la duda.

El rojo

Saul Juárez

iempre pensé que sólo hacía falta un día más áspero o más absurdo que los demás para que al poeta le pasara algo serio. Ni por un momento dudé que debía ocurrirle una tragedia. No podía terminar de otra manera. Siempre prefirió vivir entre las patas de los caballos.

Cargaba el mundo entero en sus hombros de poeta-lumpen y aunque parecía dominar la situación, algunos de sus amigos intuíamos que había un cierto engaño, un juego de apariencias.

Nadie como El Rojo para moverse con tanta naturalidad por los laberintos de la ciudad: de los burdeles a los pleitos de las bandas, de las vecindades del centro a las tocadas de rock, de los tugurios salseros a los lugares para conectar mota. La ciudad le pertenecía en la misma medida que él a ella. En todos los barrios y en cualquier colonia tenía amigos a los que podía recurrir en caso de peligro o con quienes, simplemente, se emborrachaba durante días.

Que El Rojo, hombre casi pelirrojo además de fuerte y alto, fuera poeta, a mí me parecía sólo un accidente, una casualidad, tal vez una defensa igual que el trago o la mota. Como si la poesía lo volviera más inconforme, más rebelde y hasta vengador. Lo estimaban rateritos de segunda, putas, teporochos y chemos. Le gustaba burlarse del ambiente intelectual en el que los demás poetas se esfuerzan por destacar.

Aunque nadie leyó un poema del Rojo, tampoco había quién se atreviera a poner en duda su condición de poeta. Cargaba siempre un morral en el que llevaba el libro a punto de terminar.

El Rojo era un habitante del subsuelo. Vivía en un sótano de renta congelada. Un planeta subterráneo donde el poeta llegaba a curarse la cruda de una larga borrachera o a escribir durante un anoche poemas que jamás verían la luz.

Siempre creí que El Rojo vivía para las emociones y casi nunca para o por las ideas. Parecía que le importaba poco la consistencia de los razonamientos. Apenas contaba con el tiempo y el ánimo exactos para vivir. Aquella noche, desde que vio en la pista a la bailarina, El Rojo cambió el semblante. Me había llevado a tomar unos tragos en un cabaret de mala muerte por el centro. En su expresión y en actitud apareció una suerte de desencanto especial. como si al final, ya cerca de los cuarenta, se hubiera de pronto cansado. No estaba animoso como de costumbre, no saludaba con la efusividad de siempre a los que lo conocían. Serio, apenas se molestaba en levantar la vista de la mesa para ver esa mujer pasada de kilos, cuarentona y casi desnuda, que pretendiendo bailar una danza oriental, dejaba acariciar su cuerpo por una serpiente; sí, una boa de verdad se deslizaba por las piernas de la bailarina al ritmo de pretendidos vapores importados de una Arabia de pacotilla. El Rojo empezó a beber sin pausa ahora más atento a las evoluciones de la mujer, ya nada más cubierta por un taparrabo de lentejuela.

-Esa que ves ahí, compadre, te lo digo sólo a ti,

es a la única mujer que he querido en mi vida. Nada le contesté. Me pareció tan lejano a él ese comentario. Podría haberlo hecho cualquier otro pero no El Rojo, tan ajeno siempre al melodrama o a las confesiones sentimentales. Pero unos momentos después sentí que en esas frases iba todo el desencanto por las Santaneras de México, por los mariachis vestidos de verde botella en una noche fria de Garibaldi, por las fiestas de quince años que terminaron en balaceras, por los hongos y el peyote en míticos pasones pero, en especial, por todo lo que ocurría en aquella pista en la que ella sacaba la lengua y la movía como la serpiente ante los gritos de la concurrencia que le exige a gritos, cuando guardó el reptil en un cesto, que ahora sí se quitara el taparrabos que le quedaba. Y entonces los tambores africanos del bongocero llamaron a un erotismo selvático y El Rojo sonreía como quien lo tiene todo perdido y ya ni siquiera encuentra asidero en la historia de un pariente patalítico como lo de Pepe el Toro y en la de tios boxeadores que se quedan idos, y, más aún, en

la leyenda propia, la suya, la de El Rojo. ¿De qué servía ahora que ella empezaba a bajarse el taparrabo, haber sido, durante tanto tiempo, el poeta terrible y uno de los cronistas anónimos y verdaderos de la ciudad? Tal vez, en esos momentos, su propia leyenda carecía de sentido. El Rojo continuaba bebiendo y la mujer abría las piernas para quienes quisieran besarle el sexo, a cambio de los veinte módicos pesos que recolectaba el animador. El Rojo lo veía todo, casi puedo decir que tragaba lo que ahí iba ocurriendo, siempre en silencio.

Me atrevía apreguntarle que cómo había sido. De dónde la conocía.

Se concretó a contestarme que las putas y los poetas siempre han hecho buena pareja. Y luego agregó:

—Lo malo es que siempre uno de los dos acaba jodido para toda la vida. Es como una ley, compadre.

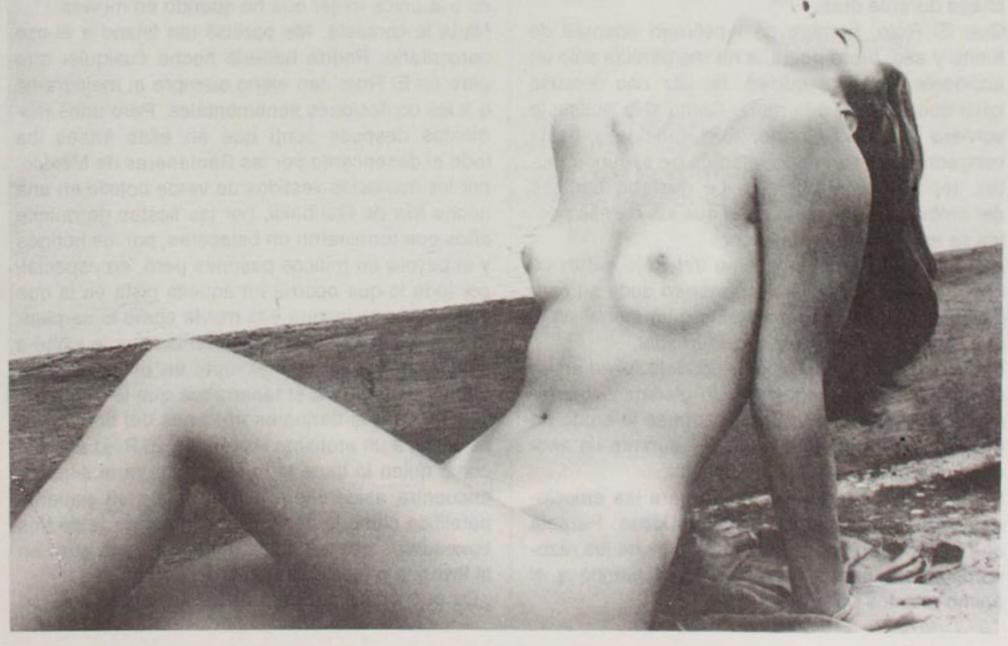
Se encendieron las luces y luego de una pausa el animador anunció dos horas de baile continuo y que no faltaría pareja si desembolsábamos diez pesos por pieza.

El Rojo, conocedor de los movimientos del lugar, parecía otear con su mirada seca en espera de algo, de alguien.

Ella volvió al salón, vestida de rojo y se sentó en una mesa con tres hombres más. Yo sabía lo que iba a pasar y me daba miedo. Le pedí a El Rojo que nos fuéramos y me contestó que no había visto a esa mujer en diez años y que nada más bailaba una, le aventaba en la jeta un poema que le había escrito y nos íbamos, compadres.

Las peleas son iguales en cualquier lugar. Siempre hay uno que quiere lo mismo que otro, uno al que le duele donde le duele al otro. Lo malo es que ellos eran cuatro.

No voy a relatar los detalles del pleito. Puede imaginarse como cualquier otro antes de que intervinieran los sacaborrachos y nos aventaran a la calle. Pero como diría Chava Flores, ya estaba digerida la jalea, y los tipos que estaban con ella nos alcanzaron unas cuadras adelante del tugurio. Venían ahora cinco en un coche negro y la bailarina los acompañaba. Con ese simple hecho murió El Rojo. No pasó de que nos patearan a media calle pero el poeta alcanzó a ver, ya cuando ellos se subian al auto, que la mujer sonreia en el asiento delantero. Digo que lo mató esa sonrisa, porque desde entonces El Rojo se sumió en un letargo que alcanzó a durar un año antes de que la cirrosis lo matara físicamente. Un largo año en el que no hacía otra cosa que vegetar en su territorio subterráneo. Era el héroe caído, el que ya ni siquiera se complace en recordar las batalles. Lo visité un mes antes de que muriera y con tono lacónico me dijo que ni siquiera había podido decirle el poema, el único que había escrito en la vida, compadre.



Inútil pero imprescindible

Samuel Gordon

¡Oh qué infame depender de la propia memoria, preocuparse por ella y cuidarla! Hermann Broch

a memoria, ese puente tendido entre orillas distantes que se desvanecen, se resbala por el espejo empañando sus pensamientos. Su mente navegaba distraída. La mirada brillante del gusano azul del dentifrico encaramado sobre el cepillo lo acercó a la realidad. Se contempló una vez más. Su vida se había convertido en poesía. Era tan inútil como imprescindible. Igual que todos, invertía enorme esfuerzo en parecer lo que no era. Como los demás, predicaba valores que no tenía. Se sabía parte de una generación de esclavos a sueldo que mucho antes de entender los problemas, ya sabía las soluciones. Después de haber sido disidente oficial por muchos años, su ascenso fue resultado de la invención de fórmulas que, en poco tiempo, alcanzaron gran éxito político. Primero detuvo la erosión de la credibilidad partidaria llamándole tradición al retroceso. Sustituyó lo verdadero por lo falso y logró implementar, de inmediato, la verdad de la mentira. Con ello conjuró el mayor de los peligros que había enfrentado el poder hasta entonces. Evitó que llegara a advertirse el despojo que desde hacía tantos años funcionaba impecable e implacablamente: el estado contra la nación. Mientras saqueaban el dinero, rellenaban lo faltante con discursos. Caer en desgracia era un riesgo previsible e inevitable. Tarde o temprano una nueva ecuación política trituraba los poderes intermedios. Esta vez no se buscaron razones, motivos, verdades. Ni siguiera expli-

caciones. Sólo un culpable. Siempre que comenzaba a convocar recuerdos acudían también las nostalgias. Era el preámbulo de un posible retorno. No le quedaba más patria que la vida. Para consolarse, había aprendido a adoptar rápidamente la ciudadanía del nuevo país de modo que los lugareños no advirtieran su íntima condición de exiliado. Aquel interminable exilio que, desde un lugar cercano a donde se forman las lágrimas, asomaba involuntariamente por los ojos. De repente desembarcó en un puerto donde,



desde hacía mucho, no anclaba la inocencia. Regresar a tu antiguo país es lo más parecido a un sueño recurrente que puedes imaginar. Archiconoces los lugares pero no la gente. Bueno, si. Se parece a alguien que conociste hace mucho tiempo atrás pero... Tampoco entiendes muy bien lo que sucede o lo que va a pasar. Entonces descubres una larguísima sensación llena de contrapunto. Es difícil percibirla. Como la realidad, está en todas partes. Primero contribuye a remodelar tus recuerdos y, después de los reencuentros, termina por modificar tus memorias. Ahora que me doy cuenta, vivir un país no es exactamente vivir la vida. Es algo distinto. Es un poco más. Cuando tu vida se va a vivir a otro país, la vida del país donde vivías deja de pertenecerte. La conoces y la reconoces. Más y mejor que la de otros lugares más recientes. Como vieja amante, no tiene secretos para ti, excepto que descubres que siempre ignoraste todo. Crees conocerla pero no sabes nada. Crees que las cosas se trasvasan a fondo, pero la profundidad es superficial, irreal. Nunca sabes ni sabrás si el país y los demás cambiaron más que tú o más que ellos. Los ritmos vitales son insondables. Sus claves permanecen irrecuperables. Muchas de las cosas que te acompañaban c acompañaste no volverán a serlo. No aquello no era el pasado. Creo que vivía en el futuro. En el tiempo de conjugación favorito del discurso político. Sin embargo, como a la mayoría, me gustaba vivir en ese país invisible al que todos aludían. Acaso porque siempre habían vivido en total democracia. Ese derecho inalienable por el cual todos son libres de elegir cuando no hay nada que escoger. Mientras tanto, tenían todas las libertades posibles excepto la esencial, la única importante: poder cambiar las cosas. Lo falso es lo verdadero. Ese era el lema del partido. Votar y no elegir es el secreto de toda democracia hereditaria. No se necesitaba mayormente al pueblo, excepto para elecciones. De hecho, para que todo funcionara bastaba con el consenso del ejército y la anuencia de la oposición. Todo lo necesario consistía en compartir y alternarse en el poder. Gobernar para el pueblo, por el pueblo y sin el pueblo. Gobernar siempre y para siempre. A pesar de la diversidad de nombres, gobierno y oposición compartían el

mismo apellido: oligarquía. A veces, la inverosimil credibilidad pactada entre ambos resultaba afectada. Aunque la censura lograba corregir la mayoría de las tendencias desviadas en la escritura, controlándolas, nada podía ante cualquier lectura mal intencionada. El sueño había dejado de ser un compañero seguro. Por las noches huía dejándolo abandonado con los ojos abiertos, mirando fijamente al pasado. No lograba conciliar sus pedazos. Reunir sus trozos soñados y despiertos, rotos y dispersos. El sol había emigrado. Los días comenzaron a retroceder ante el embate arrollador de la oscuridad del invierno. Contrariamente a las palomas que soportan sus rigores y permanecen fieles a la ciudad, la esperanza huye al menor asomo de adversidad. Es dificil alimentarla con las manos vacías. Así pasaba largas, interminables noches tendido mientras repreguntaba todos los porqués cuyas respuestas sabía de memoria. Las memorias comenzaron a extraviarse. Desaparecieron por senderos intransitados hasta entonces, deslizándose entre el espejo y la ventanilla. Desde allí contempló como pastaban algunas, pocas, nubes en las inmensas llanuras celestes. Las altas cordilleras blancas desaparecían detrás de un cielo ensangrentado. Más abajo, numerosos soles de agua lo encandilaban desde las lagunas.



gandhi

VENTA -

- LIBRERIA DEL MUSEO CARRILLO GIL AV. REVOLUCIÓN Y ALTAVISTA. TEL. 616-1270 - GANDHI BELLAS ARTES - AV. JUÁREZ N. 4 FRENTE AL PALAUO DE BELLAS ARTES. TEL. 510-4231

LIBRERIA IBERO-INT. DE LA UNIVERSIDAD-Tel. 292-3181

OFFIRMS DE OCTUBRE

ENCICLOPEDIA QUILLET

4 TOMOS DE N\$ 690.00 =

A SOLO N\$ 190.00

C'D.

IMPORTADOS POINT VIENNA MASTERS A SOLO N\$ 10.00



CASSETTE IMPORTADOS MUSICA CLASICA A N\$ 5.00



LA CASA MEXICANA
EL SABOR DE MEXICO
(EN INGLES) A SOLO N\$ 90.00
C/UNO

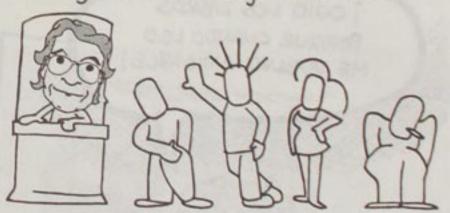
→ VISITE NUESTRO DEPARTAMENTO DE CDS 4 CASSETTES





¿A DÓNDE IR HOY?

Preguntale a Alejandro Aura



Lo mejor en cines, teatros, tocadas, bares, bailes, libros, exposiciones, museos

y los horarios del fut

Llama al

91 - 801 - 519 - 20

Memoriza este número

N\$ 3.00 el minuto Desde el interior igual más larga distancia

El Aurero 659 8959

libros

discos

arte

cafe

Compact Disc CD's

Musica Clásica

desde N\$

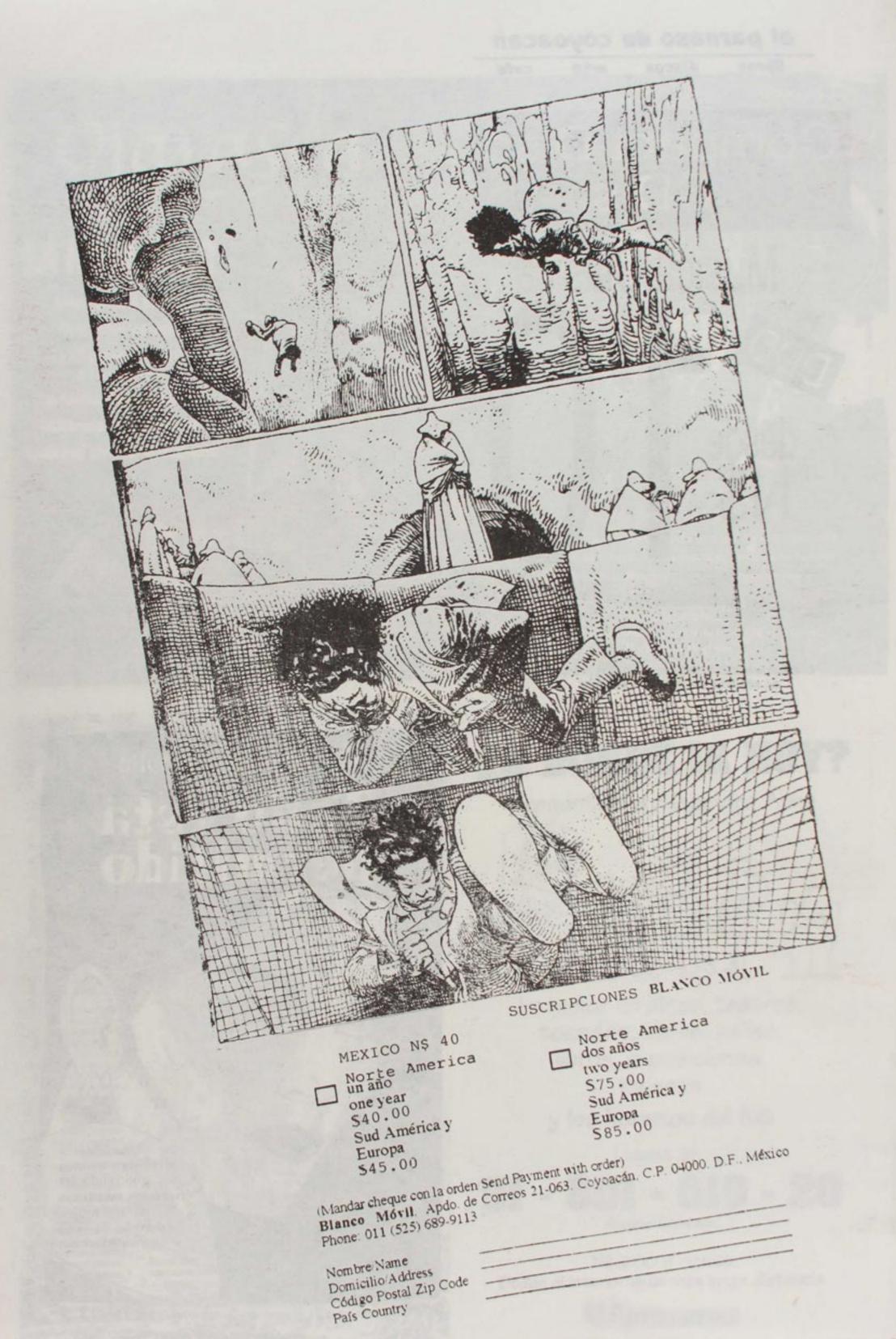


Carrillo Puerto 2 Colonia Coyoacan 04000 Máxico, D.F. Tel. 658 3195 659 5757 Fax 659 5696

ESTE ANUNCIO ES EL AMISTOSO ABRAZO PARA OSCAR DE



EDITORIAL DICE QUE NO TIENE PRESUDUCTO





BLANCO MOVIL Director: Eduardo Mosches

Consejo Editorial:

Gerardo Amancio Oscar de la Borbolla Christopher Dominguez Beatriz Escalante José Maria Espinasa Samuel Gordon Gabriel Macotela Eduardo Milán Una Pérez Ruiz Raul Renan Bernardo Ruiz Guillermo Samperio Esther Seligson Raúl Soruco Daniel Sada Juan José Reyes

Corresponsales:

Arturo Carrera (Argentina) Floriano Martins (Brasil) Magda Zavala (Costa Rica) José Kozer (Estados Unidos) Miguel Angel Chinchilla (El Salvador) Jesús Cobo (España) Enrique Noriega (Guatemala) Rafael Rivera (Honduras) Oded Sverdlik (Israel) Edrwin Silva (Nicaragua) Consuelo Tomás (Panamá) Jorge Montesinos (Paraguay) Eduardo Chirinas (Perú) Eduardo Espina (Uruguay)

Publicidad: José Luis Rangel Impresión: IMPAKRA Tel y fax: 670 39 40 Fotografias: Lucero González Diseño de portada: Pablo Rulfo tipografia: Scharttman y Bronstein Formación y

BLANCO MOVIL Apartado Postal 21 - 063 C.P. 04000, D.F. Teléfono: 689 91 13

LOS PRIMEROS PASOS

Eduardo Mosches

NUESTROS ESCRITORES

La huella de la oscuridad Ramón Diaz Eterovic

NUEVOS NARRADORES CHILENOS

Sentarse a mirar el mar Mario Banic Artemisa Pia Barros Plaza Italia Jorge Calvo Ultima Cena Jaime Collyer Dos x Cuatro Eduardo Correa La Elegida Lilian Elphick Mudanzas Sonia González Estar Cayendo Diego Muñoz V. Las Malas Juntas José Leandro Urbina

NUEVOS POETAS CHILENOS

Desde el Fuego José Paredes

POETAS CHILENOS

Descripción de Acto Penitencial Carlos Cociña Nadie ama a nadie Leonora Vicuña Lectura Negras Diego Maquiera Las playas de Chile Raul Zurita La Cuerda Floja Malia Vial La Peana Eduardo Correa El Ataúd Deforme Clemente Riedemann Mis Amigos los Muertos Alvaro Ruiz Apuntes Engranajes Aristóteles España La Mejor Tierra Alexis Figueroa Las Utopias son Putas de Miedo Tomás Harris Rogativa para el Arrepentimiento Eduardo Llanos Nadie ha Muerto Esteban Navarro Canto III José María Memet Apuntes para una carta Elicura Chihuailaf

INEDITOS DE POETAS

Caballos Locos Jesús Cobo Terreno de Costa Alfredo Lavergne

INEDITOS DE NARRADORES

El Rojo Saul Juarez Inútil pero Imprescindible Samuel Gordon

LITERATURA DE LOS ALTOS

Ya recomienza el ciclo de la maldición Subcomandante Marcos

POESIA MAZAHUA